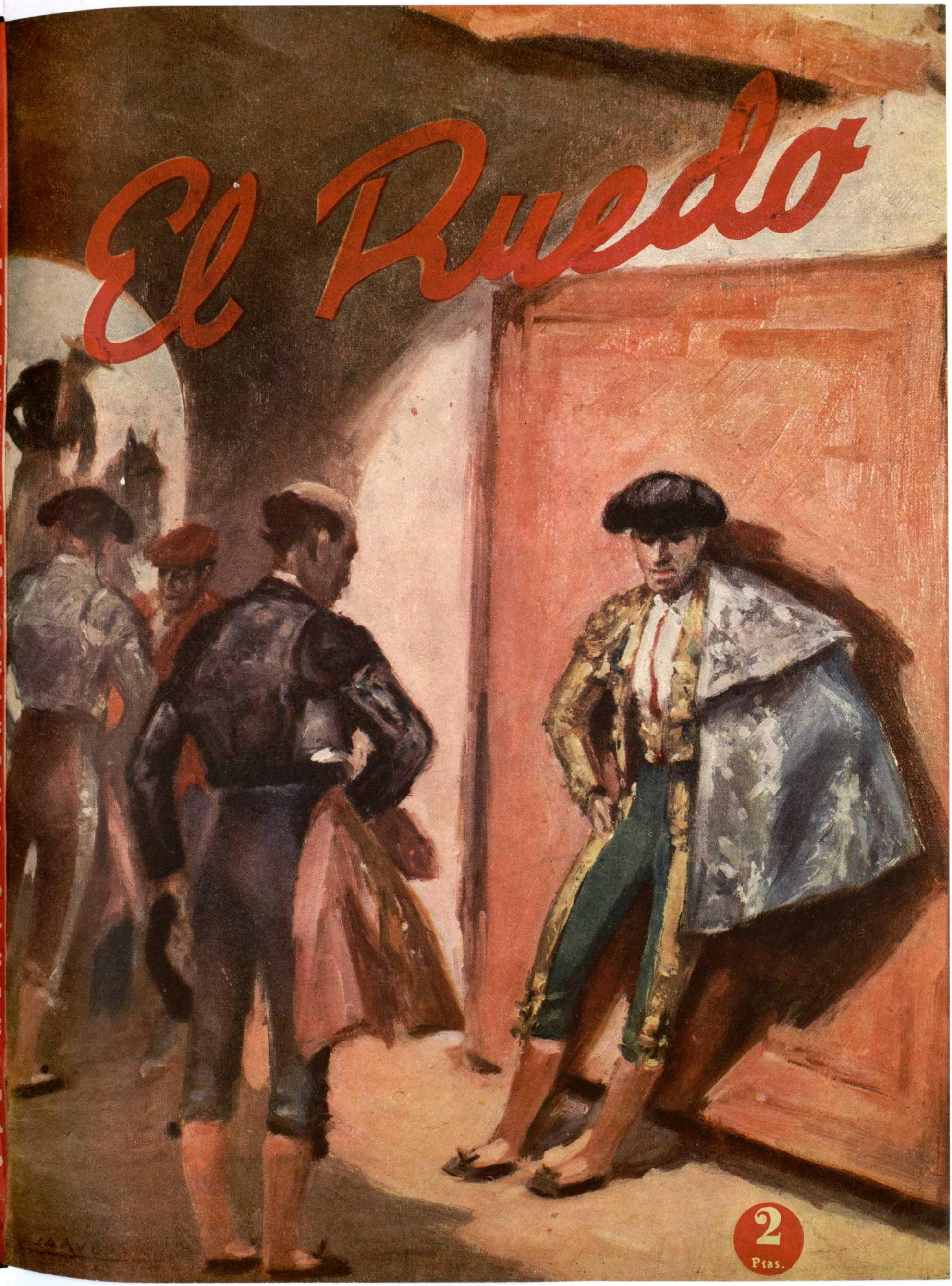
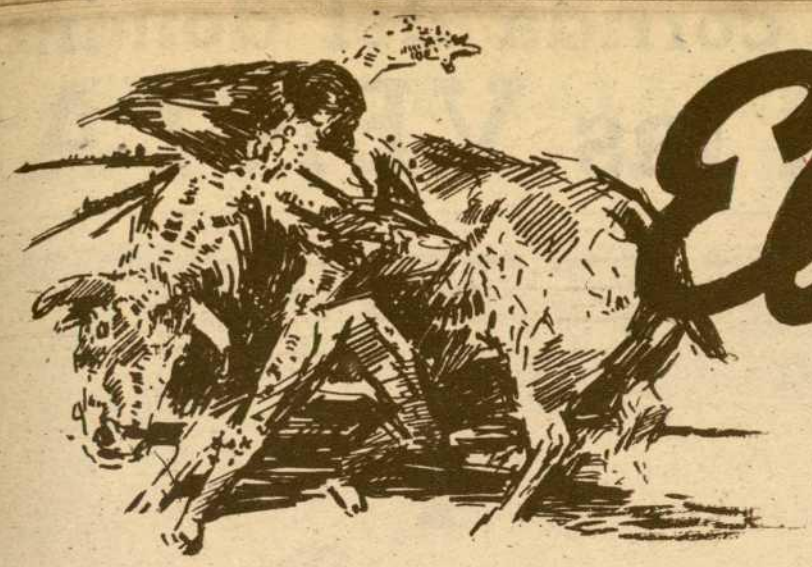
NÚMERO EXTRAORDINARIO DE MARZO

El Ruedo



2 Ptas.

Ricardo Torres, Bombita

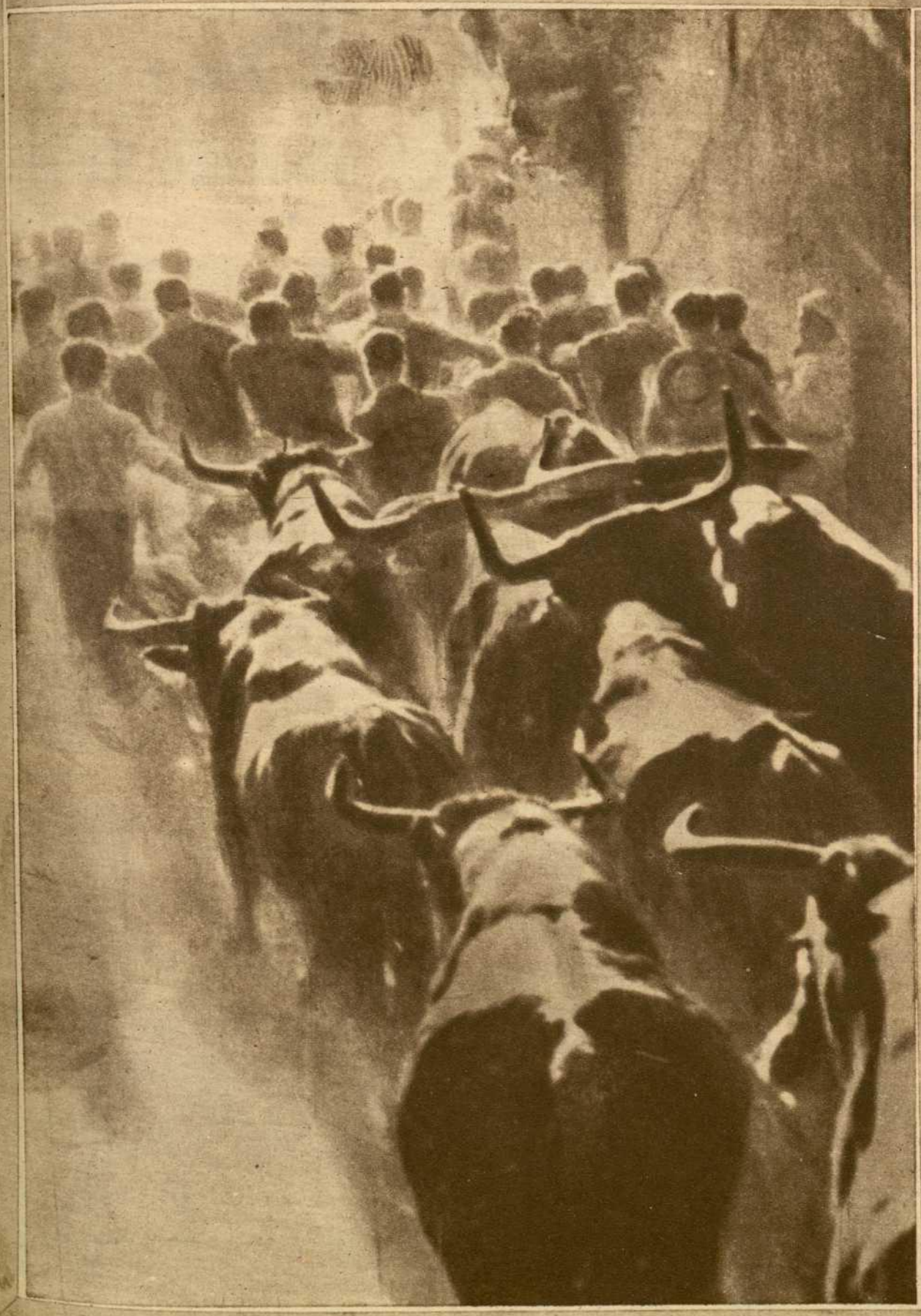


El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 11 de julio de 1946 - N.º 107



FERIAS de San Fermín!... Como un tropel de toros negros se aglomeran en el recuerdo saetas luminosas de un rico anecdotario, que se inicia en la Puerta de la Rochapea y culmina en las melenas blancas de Sarasate, aquel genial don Pablo, que prefería su localismo de pamplonica a la dimensión universal de su fama...

Cuando los chicarrones navarros lanzan al aire, como una jabalina deportiva, el chorro alegre de su jocunda actividad de mozo en fiestas, es tan ingenua la vital explosión, que nadie escapa a la sugestión que produce. Un año fué Joselito, el Algabeño, el que corrió mezclado con los mozos, seguido por la masa vibrante de los toros... Otro año..., ¡a qué seguir! Pamplona envuelve al forastero en el encanto brujo de sus fiestas, y en estos días de San Fermín, todos los que allí llegan son pamplonicas adoptivos.

A veces, la gracia mañanera se torna en sosería dentro del coso. Ello ocurre cuando los diestros, que no corrieron por la mañana delante del encierro, lo hacen después sobre la arena.

Es entonces cuando el navarro se desentiende de las faenas que realizan los espadas, y busca en el recuerdo la luz que falta en el festejo. ¡Oh! ¡Aquel «spirto gentile» de Julián Gayarre!...

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

LA corrida de la Asociación de la Prensa, aparte su éxito artístico, fué una clara lección para quienes, con sospechosa reiteración, quieren hacer ver que la fiesta de los toros está en decadencia. Un buen cartel puede, sin duda ya, llenar la Plaza, aunque los precios no sean precisamente reducidos. Un cartel menos bueno —que no es lo mismo que un cartel falto de interés—, e incluso otros más modestos, pueden lograr el mismo objetivo, siempre que los precios se acomoden a la categoría de toros y toreros.

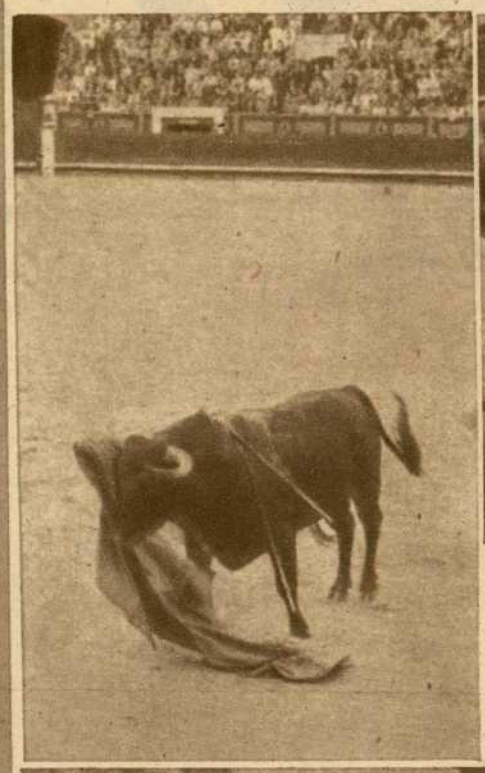
El público no está retraído de la fiesta, ni, muchísimo menos, cansado de ella. Va a las corridas cuando la combinación que se le ofrece en los programas le promete ciertas posibilidades de diversión, aunque él ya sabe que unos factores imprevistos pueden colmarle de aburrimiento. Después de todo, el mayor aliciente de la fiesta está precisamente en la absoluta imposibilidad de profetizar. Cuando se va a escuchar a un cantante o a ver a un bailarín, se sabe que va a estar poco más o menos en consonancia con su fama o categoría. No sale defraudado del espectáculo, pero tampoco puede salir enloquecido de entusiasmo, como ocurre en los toros, donde los rumbos más contrarios e insospechados arrastran a los espectadores de la ira y la indignación a la más desorbitada alegría.

Pero esa pasión tan necesaria a la fiesta sí que está de acuerdo con los carteles. Es decir, se sabe, por ejemplo, concretándonos a nuestra corrida, que con un cartel así hay unas posibilidades extraordinarias de tener una gran tarde, aunque también puede convertirse en un escándalo; se sabe que un Pepe Luis, u otro de su talla, puede provocar con un quite, tras una actuación adversa, una ovación atronadora entre una espantosa grita. Esa pasión está de acuerdo con la categoría del diestro que la provoca.

Aun al margen de la arena, un diestro, con su presencia en el tendido, puede provocar una protesta airada.

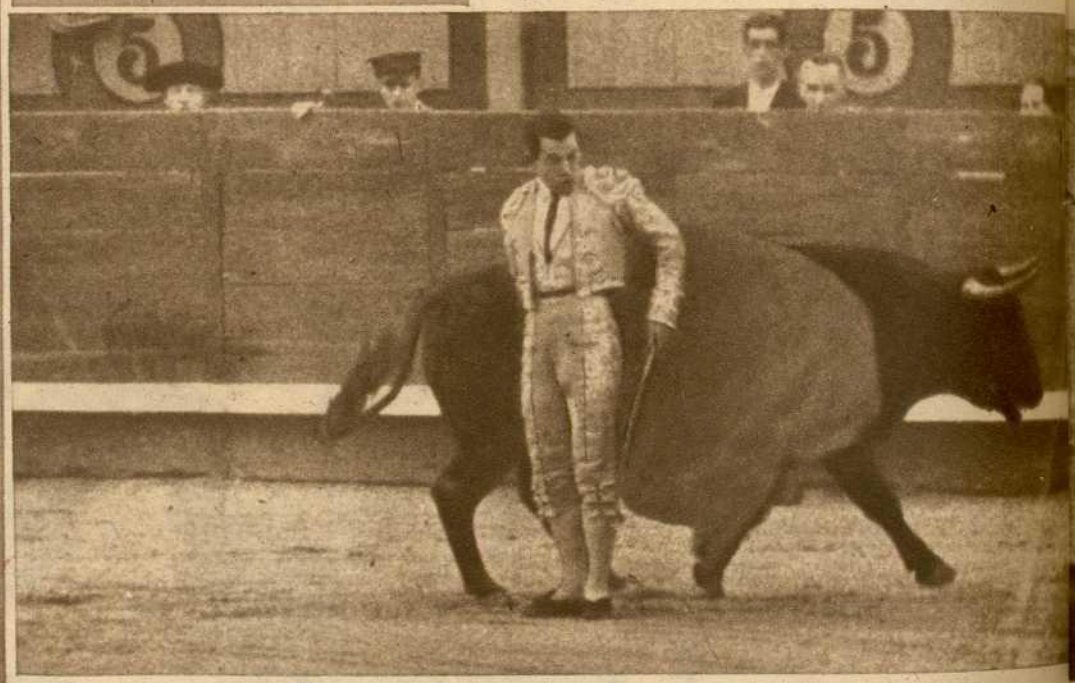
Síntomas son éstos de la extraordinaria vitalidad de la fiesta, que no está en trance mortal, sino que pasa por un período de languidez nada duradero, si los diestros se esfuerzan en buscar el éxito. El público se entusiasma con la misma facilidad que se desilusiona, y unas cuantas tardes como la de nuestra corrida serían suficientes para colmar el coso de las Ventas por lo que queda de temporada.

La corrida del domingo en las VENTAS



Los de Antillón tuvieron el defecto de puntear y ello hizo que engancharan frecuentemente en los capotes

Hubo momentos en que aquello parecía una guerra. Y los toros adquirían sentido por la mala lidia



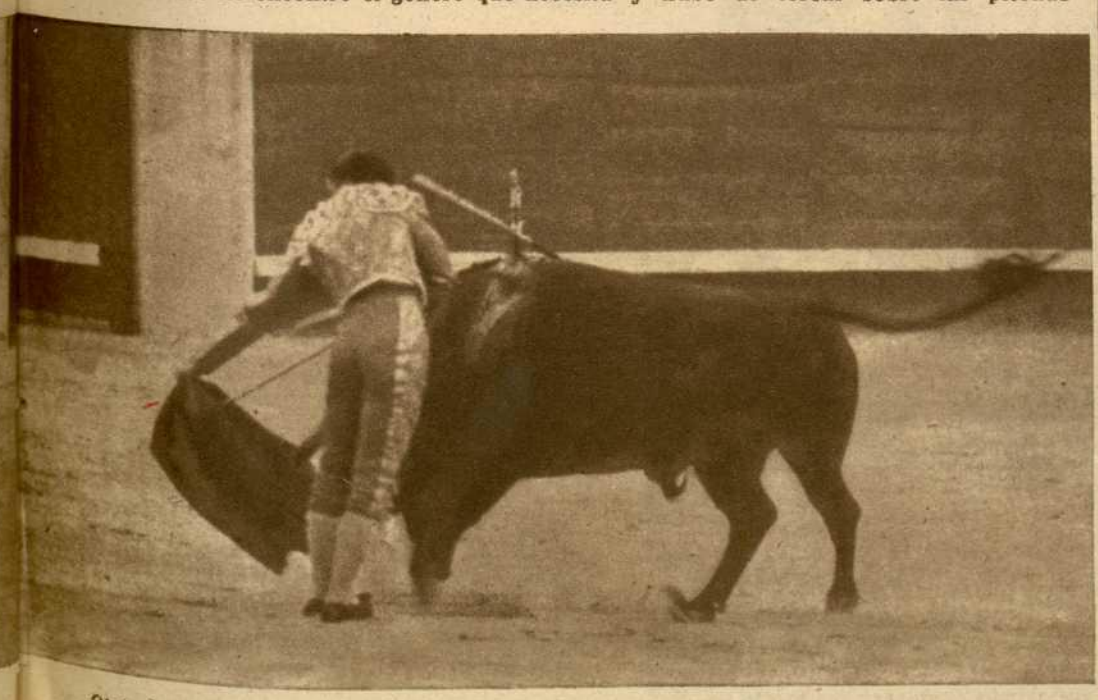
Morenito de Talavera, a pesar del mal estilo del toro, intenta adornarse en la faena de muleta

Llorente dió su nota de valor con un toro que se ponía por el pitón derecho y punteaba...

TOROS DE ANTILLON PARA MORENITO DE TALAVERA, ESCUDERO Y LLORENTE

Cuando el toro recarga, y no se escupe, el picador puede ejecutar la suerte, como lo hizo Paco Díaz con el cuarto de Antillón

Manolo Escudero no encontró el género que necesita y hubo de torear sobre las piernas



Otro momento de la actuación de Llorente, en la que el valor fué nota destacada
(Fots. Zarco)

LA SEMANA EN LAS VENTAS

La corrida buena y la corrida difícil

No podemos quejarnos de la semana, que, al fin y al cabo, nos ha proporcionado dos corridas de toros: una de ellas, de la importancia y el rango de la corrida de la Prensa, que, sobre todo ello, tuvo un notable resultado artístico, y aun sobresaliente, si se piensa en los tiempos que corremos. Primero tuvo la virtud de colmar la Plaza y la no menos importante de que el público desfilase satisfecho. Se habían visto cosas que el domingo, sin ir más lejos, parecían míticas.

En primer término, se había visto muletear a Antonio Bienvenida. Su manejo de la flámula fué el punto más alto y clamoroso de su labor en el ruedo; discreta, solo, con el capote, y algo más borrosa con la espada. Pero sus faenas de muleta sorprendieron, aun contando con que la sorpresa de saber que Antonio es un gran muletero es muy relativa. Sorprendieron, por cuanto hoy las faenas de muleta se han reducido, en extensión, a uno o dos pases, más o menos clave, pero cuya repetición llega a la monotonía. Antonio Bienvenida, cuya excelencia en el muleteo al natural y en redondo no obsta para que su repertorio alcance una frescura y una variedad negada a la mayoría, dió un curso de alegría torera sobre todo. Precisamente en eso hemos de buscar la raíz de un éxito que no se le regateó, sino que se le ofreció con generosidad, en correspondencia al hallazgo de su alegría. Su segunda faena fué indiscutiblemente la mejor por más extensa y centrada, malograda en su redondeo por no coronarla con el estoque. La primera tuvo la gracia de iniciarla con el pase cambiado y la verdad de tirar hacia los medios, aguantando allí las arrancadas que eran salvadas con gracia, armonía y flexibilidad de resortes toreros sobre la derecha. La estocada, delantera, no le privó del galardón de la oreja.

Luis Miguel Dominguín —vamos en orden de públicos méritos— lució, ante todo, por su valor, que es el que hizo resaltar un toreo apoyado en los amplios recursos de sus facultades. También su éxito fué de muletero, fácil y dominador en todo momento. Ya que no estilista, cosa que en realidad no le hace falta para su personalidad, la que, sin embargo, se resiente de un punto de gracia final. Matando, sigue con el defecto de dejar dormido el brazo y aún el de iniciar el viaje con el muy trasero, lo que le resta el remate certero a las faenas. Una vuelta al ruedo y una ovación al retirarse, fueron el premio a sus virtudes.

Pepe Luis fué silbado en el cuarto —un sustituto del inefable e infalible Angel Pérez— y tampoco alcanzó una nimidad en el primero, ni en los quites de fin de tarde esto ya como represalia, sin duda. Lo mejor que se vió en la corrida con el capote estuvo a su cargo. Fué además —¡ya lo ven ustedes!— el que mató mejor de la terna. Con los quites —, no de los mejores suyos, ciertamente— ya levantó muchos aplausos a su favor. Luego está lo de la muleta. Su faena al que rompió Plaza fué perfectamente ajustada, ya que no lucida. En el sustituto se limitó a trastear. Aun me siguió dando la sensación de siempre, la que me producen muy pocos toreros, o sea la de un ajuste y un saber hacer grandísmo, un desahogo —yo tomo en el buen sentido el desahogo que la gente quiso tomarlo en el malo— ejemplar. Pepe Luis tiene en su contra el que tira pocas ventajas en los momentos en que está de trámite. No acierta, gracias a Dios, a estar aparatoso, y su labor se hace cristalina, como todo su toreo.

En la corrida de la Prensa, el ganado de Atanasio Fernández se dejó torear a lotes, de muy bien a peor, por el orden de espadas que hemos citado.

El del conde de Antillón del domingo entró en la categoría de lo difícil con nervio y mansedumbre. Duros y con genio los dos primeros, toros con sentido y peligro, fueron resbalando hacia la simple cobardía. Morenito, que no pudo con el primero, se lució en el cuarto, al comprobar algo tardíamente que su viaje por la derecha era potable. Con derechazos y manoletinas, fué preparando el entrar superiormente a matar dos veces, agarrando en la última una gran estocada que le valió una ovación merecida. Llorente estuvo muy valiente; peleó con sus dos enemigos con la desventaja de seguir teniendo que buscar en las piernas la salida que los brazos aun no dan con holgura en el remate. Al último lo muleteó por bajo muy bien, y hasta intentó el natural con mucho valor, rematando con el estoque guapamente. Dió la vuelta al ruedo y fué despedido con aplausos.

Manolo Escudero estuvo afligido toda la tarde y con el público encima. El ganado era duro y el cuerpo no le pidió pelea al de Embajadores. Y ya se sabe lo que pasa si frente a un ganado peleón se sale desanimado.—**EL CACHETERO**

DESPUES DE LA CORRIDA

Gómez de Velasco afirma: "Los toros fueron al desolladero sin picar"

"La corrida salió mansa y con mal estilo", dice el apoderado de Morenito de Talavera

Y Marcial Lalanda apostilla así estos juicios: «Rafael Llorente actuó en torero y derrochó el valor»

Marcial Lalanda

Don Carlos Gómez de Velasco

EN el patio de arrastre, poco después de la corrida, cierto señor con unas gafas que le daban el aspecto de un buho, alegaba:

—Escudero ha pinchado sin tasa ni medida y ha extremado más que nunca su característica de hurtar el cuerpo a la amenaza de los cuernos.

—Y él no puede aducir en su favor la atenuante de incapacidad física, de carencia absoluta de facultades—dijo otro impugnador del espada madrileño.

Don Carlos Gómez de Velasco, ayer representante y consejero áulico de la Empresa y hoy apoderado del torero de Embajadores, hubiera deseado ver a los dos «críticos» en las Aleutianas; pero, puesto que estaban a su lado, la cortesía le obligó a hablar:

—Cuanto se haga con toros malos, de mucho nervio y broncotes por añadidura, no puede constituir nota definitiva en la hoja de servicios de un torero. El mismo Joselito pudo recordar cierta corrida de Palha diciendo que los toreros «habían pasado más tiempo en el callejón que en el redondel».

—Las corridas de Palha solían ser bastante más duras que la lidiada esta tarde—dijo, un poco amoscado, uno.

—Acaso; pero entonces se les picaba adecuadamente, sin peto y sin ensayar dispositivo alguno. Hoy, en cambio, han venido los toros al desolladero sin picar.

—A mi modo de ver —tercia El Calesero en la conversación—, la corrida ha salido para ser lidiada. Pero como el público no lo ha entendido así, ha extremado su severidad con los toreros. Escudero ha tropezado con dos bichos de esos que con mucho trabajo logran quitarse de encima los encargados de despacharlos.

Abandono la discusión para buscar al ganadero. Por lo visto, este señor, olvidando su promesa, ha juzgado oportuno demorarla para mejor ocasión.

Un amigo, muy entendido en asuntos taurómacos, al verme deambular sin rumbo por el mal empedrado patio, saca un papel lleno de datos y guarismos, y me dice con acento desolado:

—¡No puede ir peor la temporada de toros! ¿Sabe usted cuántas corridas y cuántos toros llevamos en menos con respecto al año anterior? Pues anote usted: treinta y un festejos y doscientas veintiocho reses, respectivamente.

—En cambio, también será menor la cantidad recaudada por multas a los ganaderos...

Mi amigo da un vistazo a sus notas, y dice:

—Sesenta y cinco mil novecientas cincuenta pesetas no son un grano de anís, precisamente.

Y añade:

—Otro dato digno de saberse es que las Empresas llevan perdidas en lo que va de temporada alrededor de los cuatro millones de pesetas.

La noticia me abruma. Pero, por si fuera poco, mi amigo me anuncia la probable dimisión para finales de mes del gerente de la Nueva Plaza de Toros de Madrid. Cansado de bregar durante doce años en puesto de tanto compromiso, entiende llegada la hora de su voluntario relevo.

* * *

Don Antonio Pardal no es un lego en materia taurina. Hijo de Bernardo Pardal, picador de Mazzantini, vistió durante varios años el traje de luces. El año 17 debutó en Madrid, alternando con Ocejito y Barcieta. Luego toreó por casi toda América. Hoy apodera a los hermanos Morenito de Talavera, y simultaneando varias actividades, escribe para «El Redondel», de Méjico.

Entiende que la corrida adoleció de mansedumbre y mal estilo. El cuarto, por haberle agarrado bien los blandos los picadores, llegó más ahormado al último tercio.

De la corrida se recordarán los tres derechazos de Emiliano al toro que aludimos, el pase de pecho y una de las tres manoletinas de la citada faena.

En cuanto a la estocada —sigue el comentario del apoderado—, fué impulsada más por el corazón que por la mano del torero, que nunca como ahora arde en deseos de dar su gran tarde en Madrid.

* * *

Marcial Lalanda, apoderado del bravo Rafael Llorente, se sintió repentinamente enfermo al concluir la corrida. Su estado aconsejaba la más discreta brevedad.

Para Marcial, el que Llorente despachara a sus dos «pavos» en la brava y torera forma que lo hizo, es empresa que, con justicia, debiera pasar a la antología de faenas cumbres del toreo.

Cualquiera otro, en el lugar del torero de Barajas, se hubiera limitado a despachar sus reses con las naturales precauciones, en la seguridad de que el público lo hubiese justificado.

Sobre todo, el sexto toro, a causa de su peligrosidad, agravada por no haber recibido adecuado castigo, acaso se hubiera ido vivo a los corrales de no tropezar con los varoniles arrestos del singular torerito castellano.

F. MENDO

En el desolladero, los grupos comentan las incidencias de la corrida

A VISTA DE TENDIDO

Cómo se aclaran y definen unas "fotos" superpuestas

El recuerdo de las corridas se superpone y encadena en la imaginación y en la memoria del aficionado como esas placas fotográficas impresionadas dos veces, como las dobles impresiones de las películas. ¿Hasta dónde dura, por ejemplo, el recuerdo de la corrida de la Prensa y dónde empieza el de la corrida del domingo siguiente, en que se las entendieron, o dejaron de entendérselas, con seis mansos Morenito de Talavera, Escudero y Llorente?... En los dos espectáculos hubo un diestro de non, claro que ¡con qué diferencia! Y en los dos espectáculos también, salvando las obligadas distancias, Antoñito y Luis Miguel, como Morenito y Llorente, levantaron el vuelo de los aplausos. Pero justamente, en la comparación de diestros y de faenas, podemos hallar la media aritmética de las categorías. La valoración en la fiesta de toros no es arbitraria. El cartel no obedece al capricho de una Empresa, por muy antojadiza que sea. El cartel se lo gana—o lo pierde— el propio torero.

Poco a poco, con atención y con paciencia, vamos delimitando los contornos de las fotografías superpuestas, los recuerdos, confusos y mezclados, de dos corridas distintas. El ganado no nos ayuda en la aclaración y distinción. Hace mucho tiempo que no vemos toros claros, fáciles, de esos que «se toreaban solos». La bravura de las reses es siempre una presunción que admite la prueba en contrario. No como antes, donde la mansedumbre era lo excepcional, y donde un hierro, una divisa, suponía —en la inmensa mayoría de los casos— garantía amplia, con limitado porcentaje de error o equivocación. Pero —y aquí sí que es conveniente la insistencia— el público se ha acostumbrado a premiar la voluntad, el buen deseo, o como dirían los castizos, «el detalle». Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín, en la corrida de la Prensa, pusieron en grande, con el valor y el arte, ese coeficiente de afán de agradar. Y Pepe Luis Vázquez, que en los quites del quinto y sexto toros dió, quizá, los mejores lances de la tarde, lo hizo entre silbidos y protestas, tal vez con esa inoportunidad que suele expresarse en la frase fatalista de «demasiado tarde».

En la corrida del domingo —¿corrida, herradero, capea?...— Morenito y Llorente arrancaron, en pequeño, ovaciones, salidas a los medios y hasta una vuelta al ruedo, porque con bichos de lidia difícil pelearon, lucharon, y, aprovechando querencias, corrientes, viajes a favor, manejaron la muleta y el estoque a satisfacción de los aficionados; hicieron lo que supieron, o lo que buenamente pudieron.

Del desdichado caso de Manolo Escudero, vale más no hablar. Torear no es tener planta y apostura, y una «peña» que de vez en cuando exhibe un cartel en un tendido.

Si en Pepe Luis Vázquez, y en la de la Prensa, se vió «el detalle» en grande, en Manolo Escudero no se vió el domingo el detalle, ni en pequeño.

La identidad del rito colabora en la confusión de esos recuerdos que hemos comparado a las fotografías superpuestas.

Aparece la presidencia a la hora en punto. Saca el pañuelo y despierta con él clarín y timbales. La banda interpreta un pasodoble que apenas se oye.

Salen los mismos alguacilillos, con el contraste de las ropillas negras y las rojigualdas plumas. El encargado de abrir los toriles, con su aire cansino y su traje de deslucida plata, cumple escrupulosamente su obligación. Los mismos areneros, los mismos «monos», iguales caras de abonados con cigarros habanos en el tendido, iguales miradas de admiración hacia las mujeres guapas. Y siempre la lucha con los que se sientan en los peldaños de acceso y estorban el paso y atentan a la relativa comodidad. Y los pregones repetidos. Y las broncas a los picadores...

Pero sobre la arena, aunque se obedezca a un patrón y a una norma, a un molde y a un cliché, todo es diferente. Antonio Bienvenida vuelve a dar el pase cambiado, como en su aparición radiante. Y corta oreja. Y Luis Miguel da lección de dominio y de serenidad, y de valor y de quietud.

Y Pepe Luis, que fracasa en sus dos toros ilidiables, se saca la espina en los quites y en la media verónica magistral, impresionante, que no se borra de la memoria.

Y la fotografía se aclara y define.

Y el domingo, Morenito de Talavera entra a matar como los buenos, como los mejores.

Y Llorente lucha con un manso, y le acosa y le obliga, hasta que el toro pasa a la fuerza.

Y Escudero se esfuma, sin ser visto del público.

Están deslindados los recuerdos.

ALFREDO MARQUERIE

EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del domingo en Madrid.-Por Antonio Casero

1. Morenito de Talavera ejecuta una manoletina en el cuarto toro.—2. Hubo algún toro que se tapó la cara con los capotes para no ver —sin duda— lo que ocurría en el redondel.—3. Rafael Llorente quebrantando al sexto toro y en la muerte del mismo

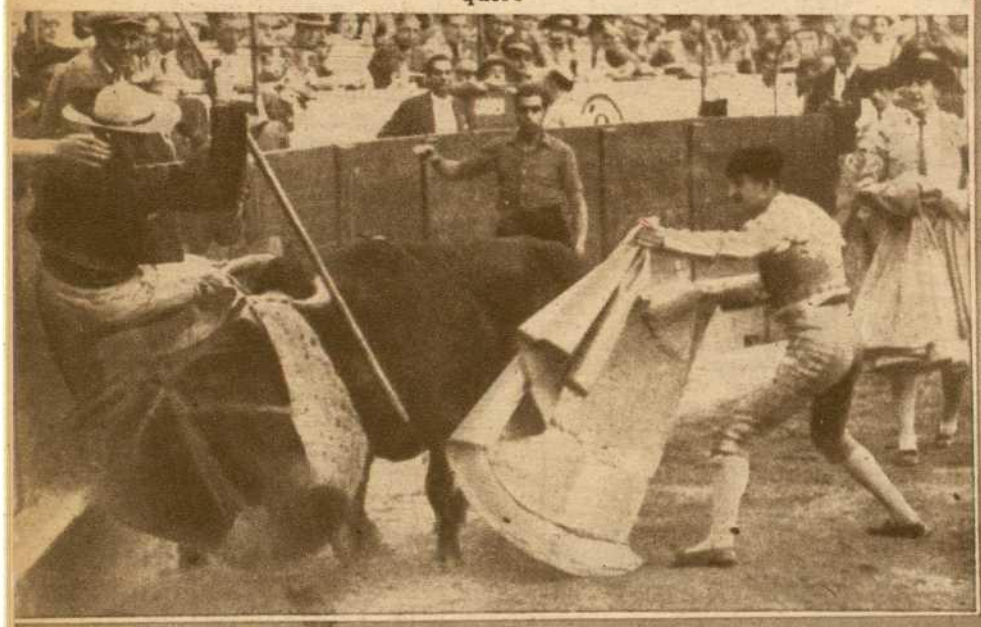
Se va a iniciar el paseillo. En la puerta del patio se alinean las cuadrillas, capitaneadas por Juan Belmonte, Parrita y Rovira. Al frente de ellas, Alvaro Domecq es la mejor estampa del caballista andaluz

Alvaro, pie a tierra, muletea con mando y temple al toro de rejones

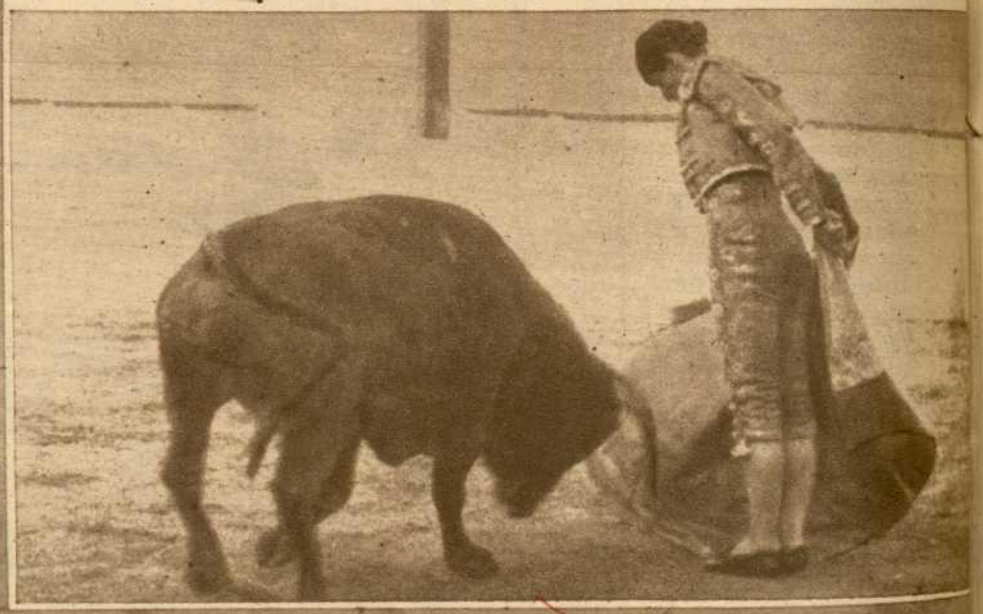
CARTEL DE BARCELONA

Un toro de Ignacio Sánchez y seis de doña Carmen de Federico, para DOMECQ, BELMONTE, PARRITA y ROVIRA

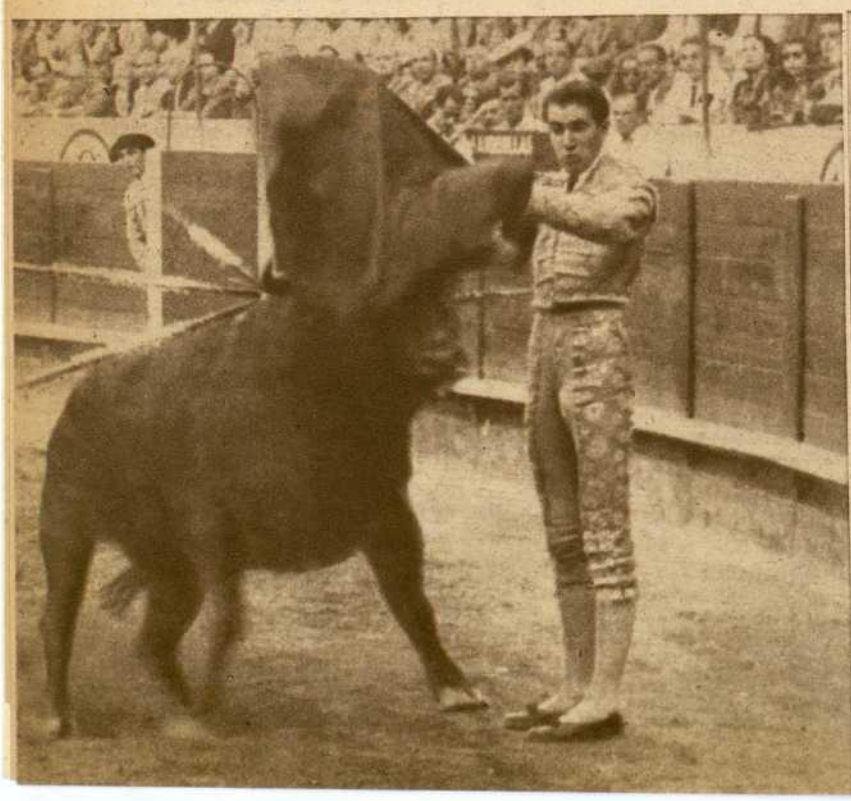
En una caída peligrosa, Juan Belmonte acude para salvar del riesgo al piquero



Rovira lancea con el capote a la espalda y lleva al toro embebido en el engaño (Fotos Valls)

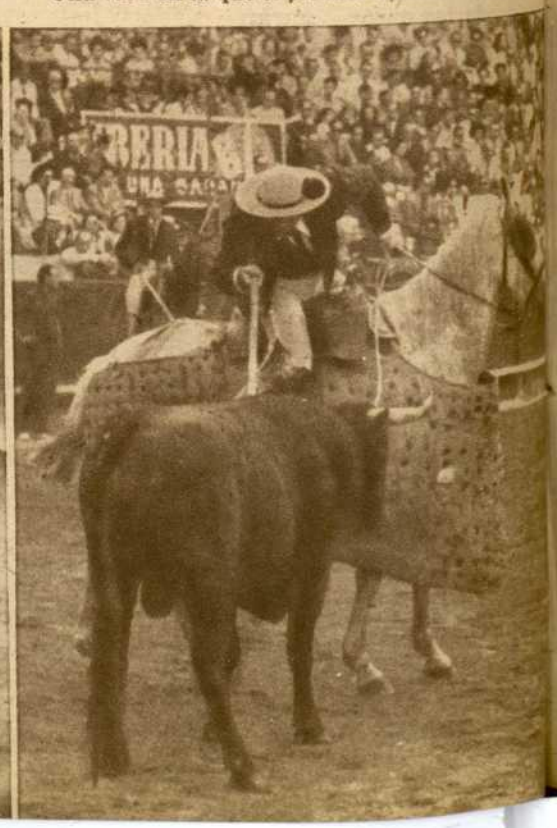


Parrita en uno de sus muletazos característicos



Juan Belmonte en un ayudado por alto

Una vara en la que el picador aprieta el palo



JUAN BELMONTE vuelve a vestirse el traje de luces

El pintor ante el retrato del famoso diestro trianero

HA SIDO PARA POSAR ANTE DANIEL VAZQUEZ DIAZ

Un retrato del diestro en el antepalco de la Plaza de Madrid

EL PINTOR HA EMPEZADO UN NUEVO RETRATO DEL TORERO

NO ha sido Daniel Vázquez Díaz un pintor de toros, pero ha sentido, sin embargo, la tentación del tema taurino, por lo que en él había de color y de leyenda. Hace más de una treintena de años pintó su primer cuadro de este género. Era en París, en 1910. Daniel Vázquez Díaz, en aquel verano, hizo un retrato de «Pepete». El cuadro fué expuesto en el Salón de Otoño, de la capital francesa, y alguien lo compró. Por aquellos mismos días, mientras el público, vario y curioso, de las Exposiciones francesas contemplaba el retrato de torero español, un toro mataba a éste en la Plaza de Murcia.

El pintor tuvo siempre un gran amor por los trajes de torero: por su color, por el brillo de sus oros, por la filigrana minuciosa de sus alamares. Esta afición suya le llevó a ir comprando trajes de torear, que se amontonan sobre algunos muebles de su Estudio.

—Tengo ya una colección de más de sesenta trajes. Algunos son del tiempo goyesco. Otros, de finales de siglo; o de comienzos del nuestro. ¿Ves este chaleco? Es de «Lagartijo»...

Su amor al toreo se centra, pictóricamente, en los toreros de finales de siglo, por lo que en éstos hay de color y de raza; por lo que tienen ya de estampa de época, de romance garboso e iluminado. De este espíritu es su gran lienzo.

Y al mismo carácter responde otro, también de grandes dimensiones, que el pintor titula «La cuadrilla de Juan Centeno». Aun, por distintos rincones del Estudio, se ven más cuadros de tema taurino: un retrato del «Espartero», otro de «Cara-Ancha»...

Ahora, Daniel Vázquez acaba de pintar un magnífico retrato de Juan Belmonte. El cuadro ha sido hecho con destino al antepalco presidencial de la Plaza de Toros madrileña, en recuerdo de la fecha y de los toreros de la corrida inaugural. Es un retrato que une al acierto del parecido fisonómico un bello sentido interpretativo del arte —aplomo y curva, a la vez— del torero de Triana. En la mañana del sábado último, en presencia del propio Juan Belmonte, quedó entregado el lienzo a la Diputación madrileña. Y al día siguiente, Daniel Vázquez Díaz comenzaba en su Estudio un nuevo retrato del torero. La luz de la mañana estival abrillantaba los mil objetos que en la estancia vivían una vida abigarrada y policroma. Casi en el centro, como presidiendo el Estudio, «La cuadrilla de Juan Centeno». En lo alto de un muro, tres admirables retratos: el de Juan de Echevarría, el de Elías Tormo y el de Juan Ramón Jiménez. En un ángulo, el del conquistador Pizarro. En otro, el del duque de Alba. Sobre varios muebles, montones de trajes de toreros: tabaco y oro, rojo y negro, verde y oro. Cuadros empezados, libros, muñecos, a los que luego se vestirá, ante los lienzos.

Juan Belmonte ha llegado al Estudio a las once en punto de la mañana. Se ha quitado la blanca chaqueta veraniega y ha empezado a ver, junto al pintor, los viejos trajes taurinos, que tantas veces recogieron sobre sus alamares el sol de las tardes de toros. Se prueba un chalequillo; después, otro; hasta que encuentra uno que le queda ajustado al pecho, robusto. A continuación, la taleguilla. Esta, de color tabaco, le queda un poco encogida.

—A ver, esta otra... Sí; esta verde y oro me está bien.

Juan Belmonte se ha puesto también una faja y una corbata, ambas de color salmón. Después, el capote de paseo, rojo y oro. El pintor sitúa al torero en el sitio conveniente. Belmonte está, como un torero más, junto a «La cuadrilla de Juan Centeno». Daniel Vázquez Díaz, ante el caballete con el lienzo en blanco, mira y remira al torero:

—Un poco más alta la cabeza, Juan... Así... Eso es...

El pintor se acerca y se aleja, buscando la luz mejor, el mejor punto de mira. De pronto, rápidos y seguros, los primeros golpes de color en el lienzo.

Minutos y minutos así, frente a frente modelo y pintor. Después, sin interrumpir el trabajo, la charla en torno a recuerdos y amigos: Ignacio Zuloaga, Sebastián Miranda, Anselmo Miguel Nieto. Más lejos todavía: cuando empezó Juan, en aquel primer tiempo de lucha por el nombre y por el triunfo.

—¿Dices que si fueron difíciles mis comienzos, Daniel? ¡Bah! Cuando se tienen dieciocho o veinte años, no hay nada difícil...

—No me había vuelto a poner la chaquetilla de torero desde que me retiré, hace once años...

Ya está completa en el lienzo la figura del lidiador. Todavía el cuadro en su primer día, y ya «se ve» al torero, exacto en su fuerte personalidad física. Juan Belmonte recuerda que, cuando le pintó Zuloaga, estuvo posando ante él casi un verano entero, allá en Zumaya. Nuevos rostros de amigos surgen en la charla: escritores, periodistas, toreros.

—Quien debería escribir sus «Memorias» —yo se lo he dicho muchas veces—, es «Larita». ¡Qué estupenda vida la suya, tan llena de peligros, de audacias, de cosas divertidas y pintorescas, en España y en América! ¿No conocéis lo de la lucha del toro y el tigre, que él anunció en una Plaza americana? El era el empresario, y se le ocurrió anunciar aquel número fuerte, con el que esperaba que la Plaza se le llenase. Pero, tres o cuatro días antes, se murió el tigre. El buen «Larita» no se acobardó. Convenció a su propio hermano para que hiciese de tigre. «Es un becerrete de nada», le dijo. Y el hermano se vistió como él quería.

Llegó el día de la lucha. El tigre entró en la jaula y esperó la salida del becerro. Lo que salió fué un torazo. Inmediatamente, el falso tigre subió por los barrotes de la jaula a lo más alto, y ya no bajó de allí. En la subida, presurosa, se le cayó la cabeza al hermano del torero. Imagínense el escándalo. Salvaron la vida milagrosamente. Los días de «Larita» son un estupendo y divertidísimo folletín, que él mismo debería escribir. Sería una gran novela de aventuras...

Esta primera sesión ha durado casi tres horas. Juan se quita la chaquetilla, la faja, la corbata. Otra vez la blanca chaqueta estival. Habla, mientras se desviste, del peligro en los toros.

—Claro; existe. Por eso no todo el mundo es torero. Pero su sensación se borra por completo cuando a uno le gusta torear. No existe, entonces. La afición, la alegría de torear, lo anulan...

El torero se va. Su última mirada, al salir del Estudio, es para aquellos lidiadores —muy 1900— que le miran desde «La cuadrilla de Juan Centeno».

JOSE MONTERO ALONSO

Juan Belmonte y Daniel Vázquez Díaz charlan sobre lo que va a ser el nuevo retrato, en un rincón del Estudio

—Estos son, preferentemente, los colores que voy a emplear—dice el pintor al torero poco antes de empezar el cuadro

Ya Juan Belmonte se ha vuelto a vestir el traje de luces y el pintor le estudia minuciosamente antes de empezar la tarea

—Un poco más alta la cabeza, Juan... —dice Vázquez Díaz al torero, mientras el pincel va contorneando la figura sobre el lienzo.

El pintor y el torero en una pausa del trabajo

Juan Belmonte, junto a los toreros de «La cuadrilla de Juan Centeno» (Fots. José Montero Alonso)

Señoritas que presidieron el festival

Los matadores dispuestos al paseo

En Bilbao se ha celebrado la tradicional fiesta a beneficio de los Asilos de la villa

Arriba: Pinohermoso clava banderillas.—Abajo: Antoñito Bienvenida

Arriba: Pepe Luis Vázquez.—Abajo: Luis Miguel Dominguin

Rafael el Gallo pone un par con las manos atadas y sentado en una silla .(Fotos Elorza)

Llorente, Gallito, Dominguin, el duque de Pinohermoso, el Gallo, Antonio Bienvenida y Pepe Luis Vázquez, dan la vuelta al ruedo terminado el festival, para recoger las ovaciones del público

LA POESIA EN LOS TOROS

"TOREROS, TORERITOS Y TORERAZOS", tituló Dulzuras su primer libro, escrito en verso

Caricatura de Dulzuras publicada en «El Toreo Cómico», del año 1898 donde dió a conocer sus primeros versos

Antes de figurar como crítico, hacía para sí la reseña de cuantas corridas presenciaba

UN buen amigo mío, conocedor de mi gran afición a la fiesta nacional, tuvo la atención de obsequiarme hace pocos días con un pequeño librito, pequeño de tamaño, pero grande por su contenido, impreso en Madrid al correr el año de 1896, y el cual lleva por título «*Toreros, toreritos y torerazos*. Doscientas dos semblanzas en doscientas dos décimas».

Este interesantísimo libro que acaba de pasar a ser de mi propiedad fué escrito hace ahora más de cincuenta años por el gran revistero taurino Manuel Serrano García-Vao, que al comenzar su profesión eligió como seudónimo para firmar sus meritísimos trabajos el de Dulzuras, tomado acaso en recuerdo de que su primer oficio fué el de confitero.

No pretendo, al ocuparme del autor de *Toreros, toreritos y torerazos*, trazar su biografía al tiempo que doy cuenta a los lectores de EL RUEDO de la primera obra que salió de su pluma, sino referirles cómo pasó del anónimo a convertirse, por indiscutibles méritos, en uno de los más concienzudos escritores de aquella época.

Don Manuel, como le llamaban sus amigos, nació en Manzanares (Ciudad Real) el día 1 de enero de 1863, donde comenzó sus estudios, que, por reveses de la vida, hubo de abandonar. Dejó su pueblo natal y se trasladó a Madrid en busca de trabajo, hallando ocupación como confitero en una pastelería de la plaza del Progreso.

Desde muy joven los toros constituyeron su espectáculo favorito, y siempre que su bolsillo se lo permitía, no dejaba de acudir a la Plaza, en la que no se limitaba a ocupar simplemente una localidad, sino que cada tarde escribía para sí el juicio que le merecía la labor de cuantos salían al anillo, pensando siempre hallar una oportunidad para que sus trabajos pudiesen llegar al público. Y mientras se hacían realidad sus aspiraciones, seguía escribiendo, unas veces en prosa, otras en verso, y ni que decir tiene que cuantas revistas taurinas caían en sus manos eran leídas con avidez. El tan esperado día llegó, y con él, Dulzuras. Veamos cómo.

Amigo suyo era Carlos Caamaño, el Barquero, bajo cuya dirección empezó a publicarse en Madrid, el año 1888, el semanario titulado *El Toreo Cómico*, en el que, entre otros, colaboraban escritores de tanto prestigio como Sánchez Neira, Taboada, Cavia y Barbieri.

Mas como si de algo se podía tachar a Dulzuras era de exagerada modestia, nada de extraño tiene el que transcurrieran muchas fechas sin atreverse a entregar a su amigo uno de sus trabajos; pero, al fin, se decidió, y venciendo su timidez, expuso a El Barquero sus proyectos y le entregó su primer trabajo, que, ¡oh sorpresa para su autor!, apareció publicado a los pocos días; esto es, en el número correspondiente al 3 de diciembre de 1889. Llevaba por título *Risas*, y de él son las siguientes décimas:

Cuando me encuentro un maleta
de esos que pasan los días
contando sus fechorías
y luciendo la coleta,
que ven un buey de carreta
y están un año corriendo,
y en parangón van poniendo
su inteligencia y valor,
con Rafael y Salvador...
ya me tiene usted riendo.

Cuando sale del chiquero,
demostrando su fiereza,
una res de gran cabeza,
y es la Plaza un herradero,
donde no queda un torero
que no se vea hecho un lío
ante un toro de trapío,
cayendo sin distinción
de cabeza al callejón...,
entonces también me río.

Mucho, muchísimo, gustaron aquellos primeros versos que Dulzuras escribió para *El Toreo Cómico*, donde bien pronto pasó de colaborador espontáneo a ocupar una plaza de redactor, y a partir de aquel momento García-Vao se entregó en cuerpo y alma a la Prensa, a la que llevó durante muchos años el fruto de su clara inteligencia en centenares de artículos, y más tarde en su libro *Toros y toreros*, que aparecía anualmente en el mes de diciembre.

Y ahora hablemos de *Toreros, toreritos y torerazos*, en el que su autor advierte a quien lo leyere que fué decidido propósito suyo no contuviera más que 202 semblanzas de diestros a quienes vió torear y de escritores a quienes leyó, cifra que en su segunda edición alcanzaría la de 303 semblanzas en otras tantas décimas.

Antiguo amigo mío, pues en *El Toreo Cómico* principiamos uno y otro a emborronar cuartillas —dice El Barquero en el prólogo—, siempre he admirado en él una pasmosa facilidad para la métrica, y especialmente cuando se trata de la hermosa y gallarda décima, tan sencilla para él.

SALVADOR SANCHEZ (FRASCUELO)

¿Que quién era el matador
que tenía más vergüenza
de los que han peinado trenza?
—Pues el bravo Salvador.
El que tuvo más valor
a la hora de matar;
del que tenemos que hablar
con muchísimo respeto,
porque se llevó el secreto
de la «suerte de arrancar».

JOSE BAYARD (BADILA)

Forma en la primera fila
con muchísimo respeto;
y entre los más superiores
no hay quien supere a Badila.
Es de lo que no se estila:
un piquero superior,
muy buen rejoneador,
un excelente jinete,
y representa un sainete
igual que el mejor actor.

MARIANO DE CAVIA, SOBAQUILLO

Ha nacido en Aragón
este escritor sin rival,
que escribe con mucha sal
y no menos intención.
Sabe toda la afición,
que escribe superiormente,
que mezcla constantemente
los toros con la política,
y en sus revistas, la crítica
juega un papel excelente.

Estas tres décimas bastan para corroborar el juicio que mereciera a Carlos Caamaño el gran escritor manchego, que desde la segunda o tercera fila de la grada 9.ª, y entre los números 11 al 20 de la desaparecida Plaza de Madrid, llevaba presenciadas —dicho por él— ¡más de ochocientas corridas! En él, García-Vao vió lidiar toros mansos y toros bravísimos. Su pluma recogió faenas sublimes y faenas malas. Y entre las muchísimas cosas anotadas por él, y de las que no es posible hacer mención en un solo artículo, citaremos el último par de banderillas que puso Lagartijo y el primer pinchazo que dió Vicente Pastor a un becerro.

Quien como Manuel Serrano García-Vao dedicó por entero su vida a reflejar y engrandecer nuestra fiesta nacional, bien merece este recuerdo.

JUAN LAGARMA

LO QUE YA NO TENEMOS

LAS DIVERSIO

... y aquéllos contemplando como papanatas a los espadas del cartel

Teníamos la llegada a la Plaza—la buena, la nuestra, la Plaza garbosa y maja...

QUE si el toro grande, que si el toro chico... Que si Frascuelo los mataba de este tamaño, y Guerrita de aquel otro, y Ricardo Bomba con tantas arrobas, y Joselito con tantos cuernos, y Juan Belmonte con tanto morrillo... Que si ahora no es como antes, porque ahora todo es igual, y no salimos de la verónica y de la chicuelina, del natural a «Pasa, becerro», y del ayudado por bajo, de la manoletina y del molinete... Que si la estatua, que si el parón, que si el «teléfono»... Que dónde fueron la navarra y la larga, el salto con la garrocha y el recorte capote al brazo... Que si al utrerillo le arreglan los pitones para que no haga pupa... Que si el «Monstruo» cobra tantos miles, y el que no es «monstruo» quiere cobrarlos como si lo fuese, y el ganadero pide por cada res el valor de la vacada entera, incluyendo la dehesa y los pastos...

Sí, sí, caballeros. Conformes en todo eso y en muchas cosas más. Conformes, también, en que hoy se torea más cerca, con más estilo y con más temple que ayer, y en que los bichos han ganado en casta, nobleza y bravura lo que perdieron en libras, estampa y herramientas. Conformes en cuanto ustedes quieran; pero convengamos en que en nuestra época basta que un morlaco salga soso o que un maestro se aflija un poco, para que toda la corrida se derrumbe y nos invada el tedio.

Claro que antaño también ocurría lo mismo. Cuando a los «galanes» les daba por barbear en las tablas o por aquerenciarse junto a un caballo, y los espadas decían: «A *juir* y a dar *espantás*», al espectador le llegaba la mandíbula al suelo. Y, sin embargo, entonces no había quien nos quitase unas diversiones al margen de la corrida, pero que constituían parte esencial del espectáculo; tan esencial, que no lo concebíamos sin ellas. Tal vez sea ya hora de que las recordemos, para que los que no tuvieron la suerte de disfrutarlas sepan todo lo que ha perdido la fiesta, y comprendan por qué los que tenemos más de cincuenta años echamos de menos aquellos atractivos, que nadie podía quitarnos, porque no dependían ni de la bravura del toro, ni de la decisión de los matadores, ni de la habilidad de los peones. Era otra cosa, siempre igual y siempre distinta. y vaya por usted, maestro Díaz-Cañabate, porque sospecho que va usted a estar de acuerdo conmigo.

* * *

Teníamos los preparativos de la mañana: unos, en el apartado; otros, en su tertulia; éstos, en los corrillos, frente al despacho de billetes de la calle de Arlabán, y aquéllos contemplando, como papanatas, a los espadas del cartel, que no dejaban de exhibirse, durante media horita, tras las vidrieras del café Inglés, para regocijo de sus admiradores. Aquellas horas matutinas, con el «Creo que hay un colorao...», y el «Machaco va a sacar un vestido verde y oro», fueron siempre el alegre prólogo del festejo.

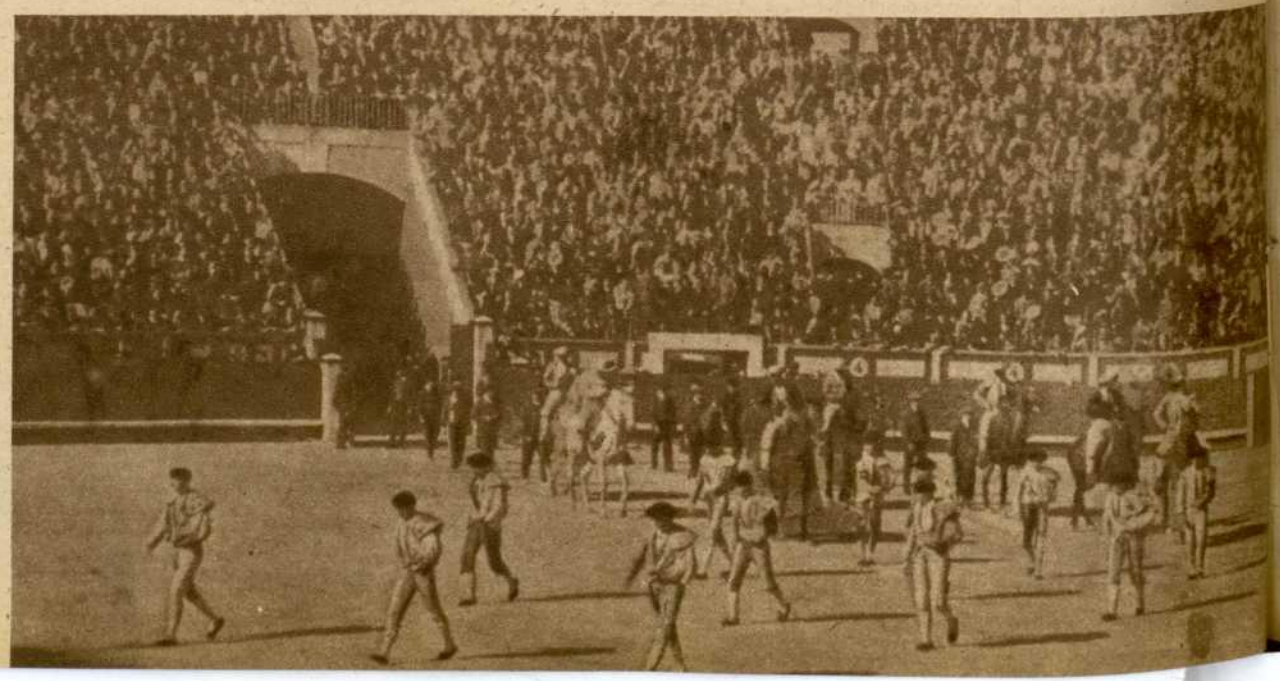
Teníamos la llegada a la Plaza —la buena, la nuestra, la Plaza garbosa y maja, que nos cambiaron por esta «Telefónica» de las Ventas—, media hora antes de que sonaran los clarines, para no perdernos el ratito de zangoloteo en torno al grupo que los revisteros y los aficionados de pro formaban en el pasillo, a la izquierda de la puerta de Madrid. Allí estaban «N. N.» y «El Barquero», «Don Modesto» y «Don Pío», «Dulzuras» y Agustín Bonnat, Rebollo y Lasarte, y don Justo Martínez, y Menchero, «el Alfombrista», y Retana, y Belluga, dándole mordiscos al puro, y Paco Avial, y Manolo Eulate, y Dionisio Peláez... La «cátedra», el Tribunal Supremo de la tauromaquia, el conclave de sabihondos y conspicuos, rodeados siempre de torerillos que andaban en busca de una corrida en la canícula, o de que «los sacaran» en Tetuán, y de apoderados, que «se dejaban caer», como el que no quiere la cosa:

—Don Angel, hoy le «he hecho», a mi matador las ferias de Bilbao...

—Don Eduardo, Rafael está muy triste por lo que usted decía de él en la última reseña...

Teníamos el regodeo donjuanesco de situarnos al pie de las escaleras de los palcos —o, ya dentro del coso, de espaldas al ruedo y con la mirada fija en el graderío de piedra—, para ver, al descuido, «tanto así» de tobillo torneado o de maciza pantorrilla, entre el revuelo de faldas y enaguas almidonadas. ¡Qué bonito era aquello, que no se comprende en esta época de sayas a la rodilla y piernas al aire, con medias o sin medias!...

Teníamos el paseíto por el redondel, antes de que se diera la señal para el despejo, oyendo el concierto de la banda del Hospicio, y viendo cómo los chicos y los grandullones aprendían a saltar la barrera con una sola mano y sin poner el pie en el estribo. Y lue-



Teníamos el desfile de las cuadrillas, que era de verdad alegre y flamenco...

NES QUE HEMOS PERDIDO

go, cuando ya se había desalojado el anillo, la obligada bronca a aquel último espectador despistado —generalmente, barrigudo y torpón—, que corría sobre la arena buscando la salida, con miedo de que el toril se abriese de improviso, y que acababa por «tomar el olivo» de cabeza, entre la rechifla general.

Teníamos el desfile de las cuadrillas, que era de verdad alegre y flamenco, porque la música se oía con mucho estrépito y «chinchín» de metales —¿la oye alguien en la Monumental?—, porque los pasacalles —«La Giralda», «Gallito», «Suspiros de España»— meercían realmente ese nombre, y porque los diestros marchaban contoneándose y presumiendo, y no como ahora, que parece que van llevando cirios en una procesión o acompañando a un duelo, con prisas de llegar a la despedida y murmurar el «Lo mismo digo» de costumbre.

Teníamos a aquellos tíos naranjeros, los de «¡Gordas y dulces!», que lanzaban el bermejo y sabroso fruto desde el callejón a la andanada, con tal tino, que la mercancía iba siempre a parar a las manos del comprador, y que luego cazaban con la gorrilla, como el que caza mariposas, las perras gordas que venían por el aire.

Teníamos «los segadores», que ocupaban sus asientos en el tendido cinco y se resguardaban del sol con amplios paveros de palma, y que, cuando se aburrían mucho, se ponían de pie y bailaban como peonzas, entre el palmoteo entusiasta de sus vecinos.

Teníamos, a la mitad de la corrida, el intermedio del riego, farandola de carricubas, que giraban por el ruedo al trote cansino de las mulas, esparciendo el agua en abanico y dirigidas desde el centro del anillo por el inspector, al que llamábamos «Neptuno», y que, con su levitín, sus entorchados, su teresiana, llena de galones, y su bastón de borlas, era el vivo retrato del «señor Candelas», el de «La Revoltosa».

Teníamos a Carlos Albarrán, «el Buñolero», que durante sesenta años —de 1863 a 1903— estuvo abriendo los toriles. Actuó más de tres mil tardes, y dió paso a más de dieciocho mil toros y novillos. Ejercitó su menester en la corrida regia de la boda de Isabel II, en las de los dos matrimonios de Alfonso XII, y en la de la coronación de Alfonso XIII. No quiso retirarse —aunque tenía ya más de ochenta años— sin salir en esta última solemnidad a saludar al Rey-niño, que fué el primero en iniciar la ovación al vejete, secundada estruendosamente por todo el público. «El Buñolero» conoció, desde Curro Cúchares, a Vicente Pastor. Empezó cobrando veinte reales y acabó —¡oh, «monstruo»!— ganando tres duros. Era ya un sarmiento reseco, una pavesa humana, con unos tufos de algodón en rama bajo la apolillada monterilla. Su terno, azul y negro, se caía a pedazos, hecho un puro remiendo. Pero el abuelo conservaba su apostura juncal cuando se ponía ante los chiqueros, con la mano izquierda en la cintura y la diestra, a modo de visera, sobre los ojuelos maliciosos. ¡Y había que verle hacer el quiebro al caballo del alguacilillo, al llegar éste, al galope, para entregarle la llave!

Teníamos a Gabriel, el de las banderillas, lento, gordo, fofo, rubicundo de cara y estevado de piernas, con su traje de grana resudada y oro, que parecía plomo, por lo mohoso. Gabriel nos regocijaba, con su pánico, siempre que tenía que apartarse dos palmos de la barrera para servir los palos a los rehileteros. «¡«Juye», que te pilla el toro!» «¡Cuidado, hombre, que viene por ti...!»

Teníamos la merienda clásica: las criadillas del primer bicho, servidas al salir el cuarto: rebozadas, doraditas, crujientes y sabrosas, que regábamos con rubia y fresca cerveza. Ya no podemos adquirirlas, porque al contratista de la carne le conviene más vender para fuera esos despojos. Tampoco es fácil encontrar cerveza cuando más la necesitamos, que es en las tardes de calor. Hemos de conformarnos con gaseosa caliente y con ese absurdo «bombón helado», que parece una tableta de mantequilla de cacao.

Teníamos al pelmazo de la solanera, que, si la corrida se deslizaba monótona y cansina, invitándonos a bostezar y desperezarnos, plañía aquel melancólico y angustiado: «Manoloo...!», al que contestaban un «¡Vaaa...!» unánime y un alborozado restallar de risas. Era un grito familiar y bonachón, que a nadie ofendía, muy distinto de otros que hogaño escuchamos en la Plaza, y a los que les falta de gracia lo que les sobra de mala sangre.

Teníamos la salida presurosa, sorteando simones, automóviles, ómnibus y góndolas, para invadir la amplia avenida y ganar nuestra «c'Alcalá», tan simpática y tan risueña. A veces hacíamos un alto en alguna de las tabernas que flanqueaban la calle, y reponíamos fuerzas con una chuleta de ternera —tres reales, amigos—, y media frasquilla del claro valdepeñas. En la plaza de la Independencia comprábamos ya «El Enano» o «El Tío Jindama», con la revista de toros, porque necesitábamos enterarnos bien de si los pases que le dió Ricardo al primer bicho fueron catorce o quince, y de si la estocada de Machaquito al quinto quedó en los mismos rubios o una chispita desprendida.

Teníamos, como prolongación del jolgorio, la tertulia nocturna en el «Congresillo» del Suizo, o en el «Brasero» de Fornos, o en las democráticas reuniones de Recatero, Picazo y «El Majo de las Cubas», hervideros de gritos, polémicas, controversias y hasta algún que otro golpe, con mucho: «¡Usted no entiende una palabra!», mucho: «¿Me lo dice a mí, que llevo cuarenta años abonado?...»

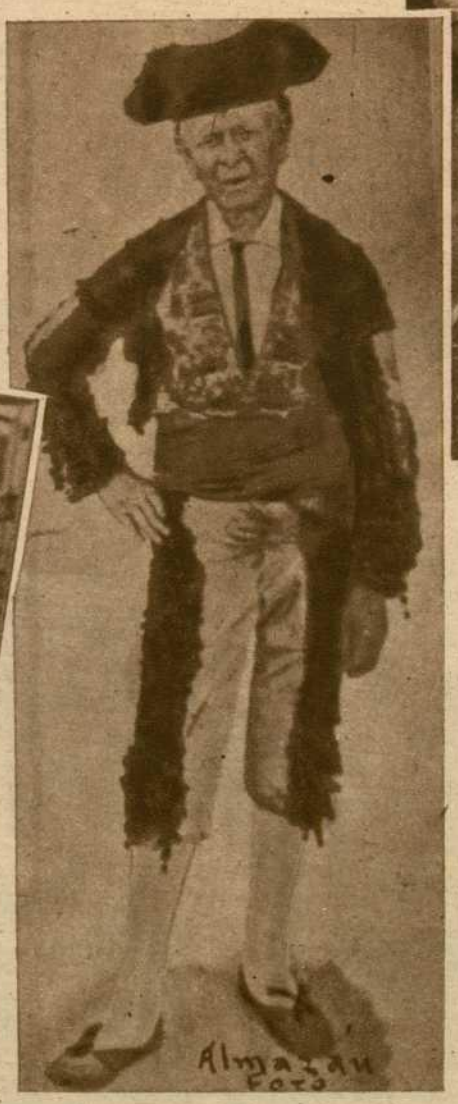
Y todavía teníamos, a la mañana siguiente, las discusiones en la oficina, en la redacción o en la tienda, y el renegar de «Don Pío», que era un gallista insoportable, de «N. N.», para el que no había más torero que los cordobeses, y de «Don Modesto», que nos daba el queso de su «bombismo», mu disimulado, entre chuflas y filiíes de literatura.

Todo eso teníamos antes, y no lo tenemo ahora, y por ello nos aburrimos como ostra en cuanto el «género» que sale por los toriles es de desecho y los fenómenos se olvida de hacer la estatua o de dibujar la manoletina. Y ya no hay remedio, porque nada de lo pasado lo podremos recuperar. Hemos de resignarnos con nuestro fastidio y nuestra cansera, y salir de la Monumental con la cara larga y la mirada triste, y perder el resuello subiendo el repecho que va de la Ventas a Manuel Becerra, sin despegar los labios, si no es para preguntar: «¿Quién habrá ganado esta tarde: el Madrid o el Murcia?», o «¿Se sabe algo nuevo de lo de Palestina?»

¿Les parece a ustedes, caballeros? ¿Les parece a ustedes...?

F. SERRANO ANGUITA

Teníamos la salida de la Plaza, calle Alcalá abajo...



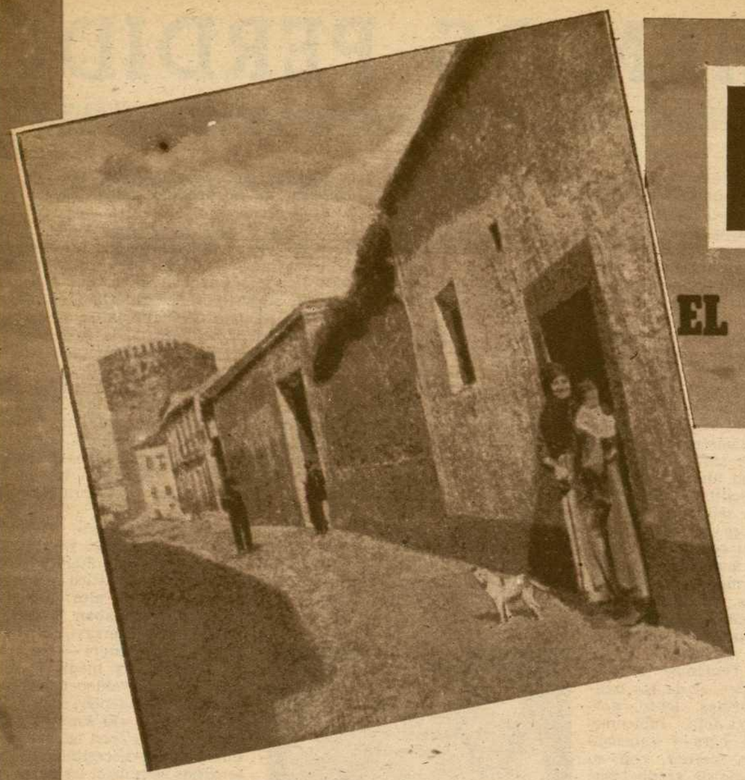
Teníamos a Carlos Albarrán, El Buñolero

Teníamos «los segadores», que ocupaban sus asientos en el tendido cinco y se resguardaban del sol con amplios paveros de palma

MACHAQUITO

EL ULTIMO MATADOR DE TOROS DEL SIGLO XIX

Por DON VENTURA



Casa donde nació Machaquito

Machaquito al tomar la alternativa

I

AL pretender historiar un coto de tiempo de nuestra vida de aficionados, quisiéramos también dar nueva vida al coro de espectadores y acompañantes de tal época, a los ojos que la vieron, a los corazones que hizo palpitar y a las inteligencias que la consideraron como realidad que se vive, se goza y se padece.

Y es que ese término o limitación de nuestras remembranzas abarca los años más floridos y risueños de nuestra existencia: desde el año 1898, en cuyo día 18 de septiembre vimos en Zaragoza estoquear por primera vez a Machaquito, hasta el 20 de agosto de 1913, fecha que corresponde a la última actuación que de dicho diestro presenciamos, en la cuarta corrida de feria de la capital de Vizcaya.

Resucitar en debida forma un período histórico, equivale a resucitar su presente, cosa que sólo puede conseguirse resucitando la visión o representación de los contemporáneos, pues la Historia, sin esa representación de los hombres que asistieron a ella y la vivieron, parece un fantasma que flota sin cuerpo y sin apoyo, una pintura o voz que cuenta cosas lejanas; y para recobrar el bulto de la vida, para brindarnos la ilusión de que vuelve a ser un hecho, es menester que nos hayamos mezclado con sus actores y espectadores, que tratemos de verla con la perspectiva de éstos, y no con la que el tiempo y el estudio nos ofrecen, perspectiva esta última más sabia y depuradora, sin duda, pero menos viviente que la otra.

El material histórico de la vida taurómaca del gran estoqueador cordobés lo forman numerosos sucesos, los cuales encerramos nosotros entre los dos jalones o hitos representados por las dos fechas antes citadas, fechas que si no son expresivas condensaciones en el desfile de episodios, se hallan muy próximas a la aparición y al ocaso de dicho lidiador.

Dicho se está, por consiguiente, que toda la historia taurómaca del mismo cae de lleno dentro de los cincuenta y tres años que llevamos viendo corridas de toros.

El mejor y el más exacto juicio que de un artista puede hacerse es el que nos inspira la sinceridad; nosotros no fuimos machaquistas, porque nuestros gustos y preferencias como aficionados han ido siempre por derroteros distintos de los que siguió el arte de Rafael González; pero la modestia ingénita de éste al aparecer en los ruedos nos sedujo de buenas a primeras, y el hecho de que el compañero que tuvo en la Cuadrilla de Jóvenes Cordobeses (Lagartijo Chico) monopolizara desde el principio todas las atenciones, todas las devociones y todas las preferencias, hizo resaltar aún más su labor. Después, el desenvolvimiento de Machaquito y sus alientos de luchador infatigable —los del que tiene plena confianza en sus fuerzas y en sus medios— avivaron nuestra simpatía y nos inclinaron al elogio desapasionadamente, sin perplejidad, porque en las obras de nuestro biografiado no puso relieve alguno la hipérbole, sino que fluyeron las mismas espontáneamente, como el agua limpia de un manantial.

Veamos cómo orientó su vocación y cómo puso firmemente los primeros jalones de su personalidad:

Rafael González y Madrid (Machaquito) nació en Córdoba, el 2 de enero del año 1880, en la humilde casa que aparece en nuestro grabado; su apodo es un diminutivo del Machaco, con que se designaba a su hermano José, zapatero de oficio; huérfano de padre y con una instrucción muy rudimentaria, entró a trabajar, niño todavía, en el Matadero, donde se familiarizó con los pitones de las reses, y sintió los deseos de «imular los glorias de Lagartijo el Grande y de Guerrita, cordobeses ambos y dioses mayores de la torería hispana; como los hombres dedicados a la jifería «todos se pican de valientes» —según dice Berganza a Cipión en el cervantino «Coloquio de los perros»—, Machaquito dió en la flor de la valentía, sin tener que dominar flaqueza alguna y como la cosa más natural del mundo, por igual motivo que hierve la olla puesta en el fuego: un buen día, en pleno apogeo de Guerrita, hallábase éste en el Matadero con un capote de brega en sus manos; soltaron al patio grande una vaca ligera de pies, y el maestro gritó:

—¡A ver si hay aquí un torero!

Inmediatamente se destacó de un grrupo de mozalbetes andrajosos y greñudos uno de tez morena y ojos vivos, que sorteó con gran valor, y provisto de una blusilla, a la inquieta res, y el Califa sentenció solemnemente al verle:

—*Mu* bien. Tú vales *pa* el asunto.

Desde entonces, en el pequeño corrincho o taifa de torerillos incipientes adquiere cierto prestigio el hermanillo del Machaco; si alguna duda hubiera podido aplacar sus ansias de gloria y de fortuna, aquel leve espaldarazo del entonces Pontífice máximo de la torería la habría desvanecido; y lanzado de lleno al aprendizaje, rodó por los pueblos cordobeses, extremeños y manchegos, sin otro afán que el de ejercitarse y torear cuanto le saliera al paso.

La cuadrilla de Jóvenes Cordobeses, capitaneada por Machaquito (1) y Lagartijo Chico (2) y dirigida por El Bebe (3).

Estampa de «La Lidia», publicada el 24 de septiembre de 1900 con motivo de la alternativa de Machaquito y Lagartijo Chico

Un día del mes de septiembre del año 1895 figuró en Palma del Río como agregado a la cuadrilla del modesto novillero Antonio Haro (Malagueño), a quien pidió Rafael que le cediera el último bicho; resistióse aquél; pero al ver que el público apoyaba la solicitud del muchacho, no tuvo más remedio que transigir: entregó los trastos a Machaquito, y éste mató en tal ocasión su primer toro, de vacada desconocida.

Con esta hazaña, creció su ascendiente entre la pléyade exigua de sus primeros trovadores; su nombre va adquiriendo resonancia poco a poco, hasta que es llevado en lenguas de buen número de aficionados cordobeses, y al verle de nuevo Guerrita, después de los elogios que de él le hicieran y advertir la baja estatura del mozuelo, exclamó, *mutatis mutandis:*

—¿Este es el fenómeno? Es muy chico, y *pa* ser matador *hase farta* ver el morrillo de los toros.

Tal dictamen, que implicaba una negativa de las posibilidades de Machaquito, no hizo en el ánimo de éste mella alguna.

¿Que no era buen mozo? ¡Qué importaba, si estaba dispuesto a crecer dos palmos al perfilarse para entrar a hundir el estoque en los morrillos!

Pero Guerrita fué siempre muy mal profeta, pues no se sabe que acertara jamás en sus vaticinios.

(Continuará.)

UNA CHARLA en la calle de Alcalá con ARMILLITA

"Toreo poco, porque, corrida más o menos, no hace un prestigio", nos dice el mejicano

MUCHOS se preguntarán sorprendidos: ¿por qué no torea más Armillita? La pregunta tiene una contestación; pero antes merece una pequeña explicación. Ciertamente, sorprende un poco el pequeño número de corridas que lleva toreadas Fermín Espinosa. Y digo que sorprende, porque Armillita se encuentra en la plenitud de su arte y en el mejor momento para alcanzar los triunfos. Sin embargo, torea muy poco, cuando los aficionados creen que debía torear mucho. Claro que esto no es nuevo, y la fiesta puede ofrecernos muchos casos como éste, que no tienen explicación posible, hasta que el interesado diga su última palabra sobre el particular.

Y esta palabra, en este caso, sólo podía decirla Fermín Espinosa. No ha sido tarea difícil el encontrar al diestro mejicano. Armillita, cuando no torea, está siempre en Madrid. Y en un café de la calle de Alcalá le hemos encontrado al atardecer de un día cualquiera de esta semana.

—¿Descansando?

—Por ahora, sí.

—¿Y para mucho tiempo?

—Quizá sí, quizá no...

—¿Algún motivo?

Armillita se rió con ganas.

—Motivo especial, no. El motivo en los toros es siempre el mismo. Torear o no.

—¿En su caso, Fermín?

—Verá usted. En principio, hay que lamentarse de la actual situación de la fiesta. El público, sea el cartel que sea, está algo retraído de la Plaza, aunque ya ha empezado a asomarse. Y es justo que las Empresas, ante esto, cuiden sus intereses y procuren arriesgar menos.

—¿Esto qué relación tiene con su caso?

—Una pequeña; porque por esta razón yo he dejado de torear siete u ocho corridas de toros.

—¿Es que no le interesaban?

—Lo que no me interesaban eran las condiciones de los contratos. Algunos toreros, en la actualidad, torean sólo por los gastos.

—¿Y para usted no tiene importancia perder siete u ocho corridas, aunque las condiciones de las mismas no sean de su agrado?

—No lo crea. Para mí, como para otros, esa importancia apenas cuenta. Tenga presente que cuando se llega a una posición no hace falta correr exageradamente. Las cosas se ven en este momento con más tranquilidad, y como no hace falta colocarse, sino mantener un prestigio, se dejan pasar las cosas sin prisas y sin sentir agobios. Verá que esto explica claramente mi situación. Y si no toreo es porque no tengo necesidad de aceptar todo, cuando este "todo" no se ajusta a lo que yo creo que me merezco. Es razón de mantener un prestigio que me costó mis luchas. Posiblemente, lo que me pasa hoy —y le pasa a otros— no hubiera sido un imposible para mí, cuando empezaba y hacía falta luchar. Por esto, y nada más que por esto, es por lo que toreo tan poco. Y quizá también porque no necesito sumar un número elevado de corridas para mantenerme en mi sitio.

—¿Y del apoderamiento de Ortega por Camará, qué me dice?

—Que me parece muy bien. Por éste se ve claramente que Camará tiene el propósito de llevar un determinado número de matadores a Méjico. Esto —lo repito— me parece muy bien, porque no perjudica a nadie, y además, favorece a la afición mejicana, toda vez que en la próxima temporada tendrá ocasión de presenciar los mejores carteles de toros que se pueden hacer. Y esto es siempre interesante.

—¿Está usted contento?

—¡Ya lo creo! Yo estoy siempre contento; muy contento en España. Y si toreo poco en España no es culpa de nadie. No puedo aceptar muchos ofrecimientos, porque lo primero que tiene que pensar uno es en su propio prestigio y valer. Corrida más o menos, para mí no tiene importancia.

Y como él lo afirma así...

Enrique BAROSA

EL PLANETA DE LOS TOROS

UNA IDEA CASI GENIAL

EN el planeta de los toros abundan muchísimo los aficionados que se definen a sí mismos como «el mejor aficionado de España». Ellos de lo que saben de verdad es de toros.

—Mire usted —explican en cuanto pueden, y a veces aunque no puedan—: a mí me han salido los dientes viendo toros. Cuando a mí me gusta un torero, ese es un fenómeno. No me ha fallado uno. ¡Si yo escribiera de toros...! De toros todo el mundo cree saber, y saber, saber, lo que se dice saber, no sabemos de verdad más que tres o cuatro, y si me apura usted, quito a los tres o cuatro esos.

—¡Hombre!—dice uno, por decir algo.

—¡Ni hombre ni nada! ¡Se lo digo yo a usted! De toros, sé más que nadie.

Y no creáis que este aficionado cumbre es un pobre vanidosuelo petulante. Es un infeliz, muy buena persona y peritísimo en Matemáticas, en Electricidad o en Filosofía y Letras. Pero, ¡qué le vamos a hacer!, convencido de buena fe que es el mejor aficionado de España.

Mi amigo Sebastián Miranda, ilustre escultor, es de éstos, mejor dicho, es éste el mejor aficionado de España. El lo confiesa con aire de broma. Pero los que lo conocemos bien sabemos que en el fondo al único que le otorga cierta categoría hablando de toros es a su íntimo Juan Belmonte. Pero como el gran maestro habla poco de toros, Sebastián Miranda perora *ex-catedra* y se cree infalible. Además, posee ideas originales sobre la fiesta. El va a todas las corridas; pero con ilusión a muy pocas, sólo a las que torea alguno de los contados toreros que plenamente le satisfacen. Y a propósito de esto explana sus teorías.

—Si de toros entendiera todo el mundo nada más que la mitad que yo, las corridas se organizarían muy de otro modo al corriente. Nada de eso de anunciar seis toros de tal ganadería para tres matadores. Para mí, los toreros que no me gustan, como si no existieran; ya pueden cortar trescientas orejas; a mí, no; a mí no me la dan. Y ¿cabe mayor suplicio para los verdaderos aficionados que ver torear a un torero de esos...; bueno; de esos que a mí no me gustan, un toro ideal, noble, bravo, suave y pastueño? ¿No es un dolor? ¿No es un crimen que lo desaproveche, y, en cambio, al buen torero, al que podía torear de manera perfecta, le salga un manso difícil, al que sólo se puede lidiar, muy bien, sí, pero no hacerle el verdadero toreo, que es lo más hermoso de la fiesta? Y ¿cómo podía evitarse esto? Pues muy sencillo. Yo organizaría todas las temporadas en las seis o siete Plazas más importantes de España otras tantas corridas. Contrataría a los tres toreros que yo eligiera y llevaría a los corrales treinta o más toros de diferentes ganaderías. Salía el primero; no le gustaba al primer espada; para adentro; otro. ¿Tampoco embestía a satisfacción? Fuera, y así hasta que saliera el ideal. ¿Eh? ¿Qué os parece la idea?

—Un poco cara.

—Naturalmente. ¡Y eso, qué! ¿No nos gastamos al cabo de la temporada verdaderos dinerales para presenciar corrida tras corrida a cual más aburrida? Pues con no ir más que a esas seis o siete, aunque nos costara quinientas pesetas, íbamos con la seguridad absoluta de presenciar seis faenas colosales. La cosa no tiene duda. Y que a las otras corridas fueran los que se contentan con presenciar faenas horribles, unas con valor, las otras con suerte; pero todas espantosas para los que de verdad sabemos de toros. Todo antes de que el toro bravo le toque al torero malo, y viceversa.

Confieso que la primera vez que oí este proyecto me eché a reír. Pero a medida que el hombre lo fué perfilando y aclarando, ya no me parecía tan excéntrico e irrealizable. Porque las cosas, como son. ¿No han oído ustedes mil veces; no han exclamado ustedes mismos otras mil, a la vista de un toro ideal, trasteado por un torero mediocre, de esos que se creen figuras porque toman en serio sus propias propagandas: «¡Qué lástima de toro! ¡Si lo cogiera Fulano!»

Pues con esta idea del ilustre escultor lo cogía Fulano. Y entonces, una de dos: o Fulano terminaba como torero o hacía una faena a golpe cantado, de esas de eterna memoria. Seis corridas de estas mirandescas al año, y veíamos treinta y seis faenas como treinta y seis soles, total por tres mil pesetas. Pero como están las cosas, nada. Ahí queda la idea, casi genial, a disposición de las Empresas. Ni Sebastián Miranda ni yo queremos comisión ni la patentamos.

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

Para CESAREO GONZALEZ, todas las escuelas taurinas son buenas

El espectador se fija en los toros menos que en otros tiempos

SE puede ser aficionado al fútbol y se puede ser aficionado a los toros. Las dos cosas al mismo tiempo, ¿por qué no? Lo que hace unos años se consideraba poco menos que imposible, es ahora una situación muy frecuente. Ahí tenemos, por ejemplo, a Ricardo Zamora, no ya aficionado, sino profesional del fútbol, lo que no importa para que sea un apasionado de la brava fiesta. Y aquí tenemos a Cesáreo González, de quien todos conocen sus actividades cinematográficas como productor, pero de quien no todos saben que es un benefactor de nuestro fútbol, sin perjuicio de ser un competente y asiduo aficionado de los espectáculos taurinos.

—Y ¿por qué no? El fútbol tiene su emoción, y los toros también. Dos emociones distintas y dos espectáculos distintos. En cada uno de ellos se disfruta de distinta manera, pero los dos constituyen espectáculos muy completos, y la prueba es las multitudes que arrastran, las discusiones que provocan, los entusiasmos que despiertan.

—Pero, ¿por cuál siente usted más inclinación?

—Ya le digo que son dos cosas diferentes. Los dos me gustan, cada uno por sí mismo, y su diferencia es tan notoria que no cabe comparación. Como me gusta el cine o el teatro, sin que por eso tenga que decir si lo paso mejor en un sitio o en otro. Eso depende. Unas veces se pasa mejor en el fútbol, y otras se pasa mejor en los toros.

—Y ¿hace mucho que va usted a la Plaza?

—Tanto, que ni me acuerdo en qué ocasión fuí por primera vez. Lo que sí le puedo decir es que he visto muchas corridas en América, en Méjico, durante los años en que he residido allí. A Gaona lo vi muchas veces, cuando era el ídolo de la afición azteca y era, asimismo, primera figura aquí, en España, al lado de los Gallo y Belmonte. ¡Qué gran torero fué y qué valiente! Ahora he leído que recientemente toreó, a los cincuenta y tantos años que debe tener. Me hubiera gustado verlo.

—¿Es usted espectador de localidad fija?

—No. Aunque sí me gusta ir siempre a tendido del 9 ó 10, fila baja; mejor, barrera, porque los toros hay que verlos de cerca para apreciarlo mejor todo. Desde arriba, forzosamente han de dejar de percibirse muchas cosas.

—¿Por qué clase de toreo siente usted predilección?

—Por ninguna y por todas. En esto del toreo, creo que caben todas las escuelas y que todas tienen su mérito y su arte. Es decir, que por el toreo que siento predilección es por... el bueno. Y siendo bueno, lo mismo me da que sea de la escuela rondeña que de la sevillana, como si hubiera una escuela gallega. José Luis Vázquez, en una tarde inspirada, puede dejarme tan buen sabor de boca como Manolete en una faena apoteósica. Hacerlo bien: ahí está el detalle, como diría Cantinflas. Y si las cosas salen mal, lo mismo se desespera o se aburre uno si el torero es de Triana como si es de Córdoba.

—¿Y de los toros qué diremos?

—Que cuanto mejor embistan, más se divertirá el espectador. Hoy se pide, se quiere, un toreo determinado, que exige un toro también determinado. Si ese toro no sale, el torero no puede desarrollar su repertorio, y como otra cosa no le gusta al público, por lo menos a la mayoría, cunde el aburrimiento.

—¿Es usted partidario de algún torero?

—Vuelvo a mi teoría de antes. Soy partidario de todos cuando están bien. Unos suelen estar mejor que otros, porque saben más o porque tienen más arte. Pero lo importante es que se arrimen y pongan emoción en la faena. Una tarde será una figura la que esté mejor, y ésa se llevará mis aplausos. Y en la siguiente, será otra.

—¿Y sus protestas?

—Nunca protesto. El solo hecho de ponerse ante los cuernos, ya es para mí un mérito. Cuando un diestro está mal, bastante lo debe sentir el pobre, si es que le queda un resto de pundonor.

—¿Tiene usted algún proyecto cinematográfico-taurino?

—Concretamente, ninguno. Tengo la ilusión de realizar esa gran película de toros que en mi opinión le falta a nuestra cinematografía. Esa película que sólo puede hacerse en España, y que yo realizaría en colores.

—¿Y qué es lo que le detiene?

—Espere usted que encuentre un argumento, una novela; es decir, la base de la película. En cuanto aparezca ese guión, que estoy deseando ver sobre mi mesa de trabajo, todo lo demás se resolverá sin grandes dificultades.

—Pero el color...

—También se harán en España películas en color. No vamos a quedarnos atrás. Y esa película de toros, naturalmente, sería en color.

—¿Se ha sentido torero en alguna ocasión?

—En varias. Cuando he ido a alguna fiesta o tentadero, siempre he cogido un capote, por broma, y he dado algunos lances. Hasta he sufrido algún revolcón que otro. He experimentado lo suficiente para darme cuenta de lo difícil que es este arte, y por eso jamás se oye de mis labios una censura desde el tendido.

—¿En qué se fija más, en el toro o en el torero?

Cesáreo González no medita la respuesta. Sin vacilar un instante, nos dice:

—Tal como se han puesto las cosas, el toro tiene menor importancia que antes, y, en cambio, el torero la ha adquirido mayor. Procuro fijarme en ambos, ya que los dos constituyen el todo artístico y no puede haber emoción sin uno o sin otro. Antes se atendía más a los toros, seguramente porque ofrecían más dificultades. El nombre de la ganadería se anunciaba a veces con letras más grandes que el de los toreros. Ahora, se va a la Plaza sin preocuparse de quién son los toros. El espectador, en general, es más torerista que torista, y ése es un signo de cómo son actualmente los tiempos taurinos.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

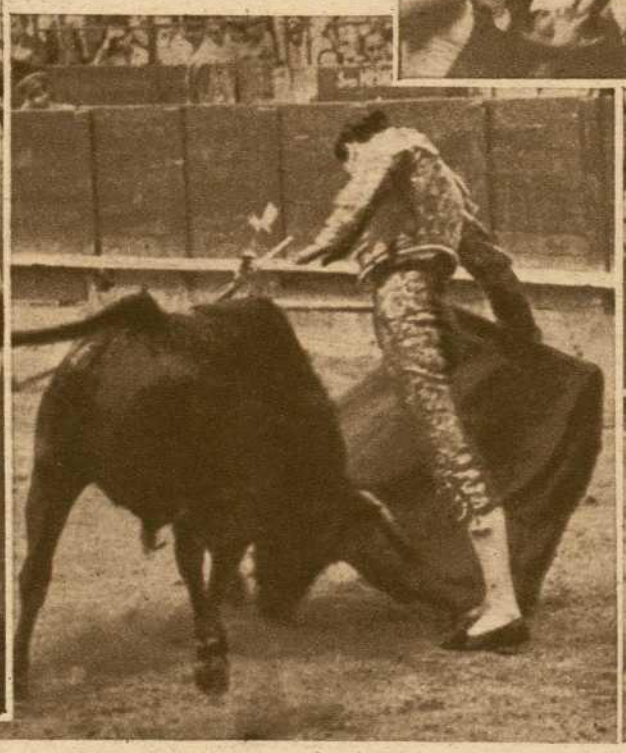
LA NOVILLADA DEL JUEVES EN BARCELONA

VITO, JUANITO BIENVENIDA y ALONSO VEGA, con reses de doña LUISA PEREZ CENTURION

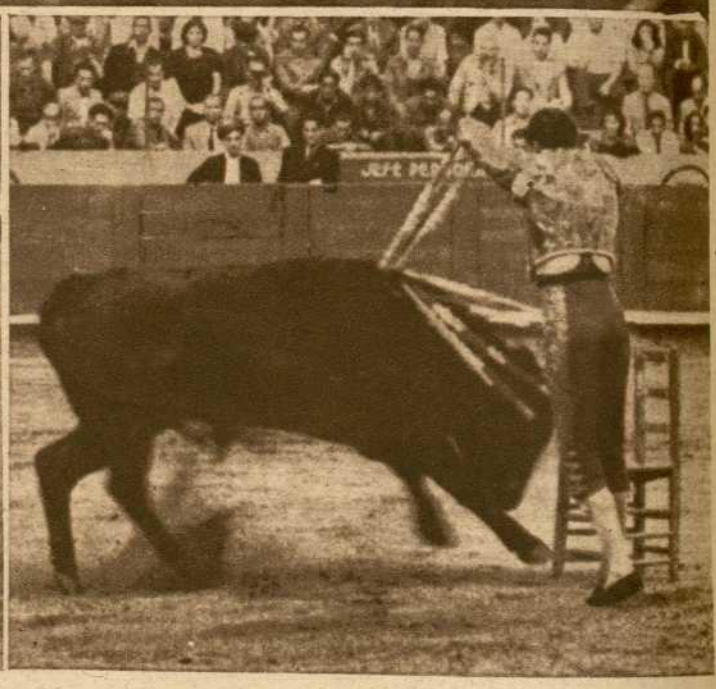
Juanito Bienvenida, Alonso Vega y Vito se disponen a hacer el paseo...

... en una tarde de actuación triunfal para Vito y Bienvenida, que dan la vuelta al ruedo en hombros de sus admiradores

Para Alonso Vega tuvo la novillada ese epílogo dramático de la cornada que acecha siempre al lidiador

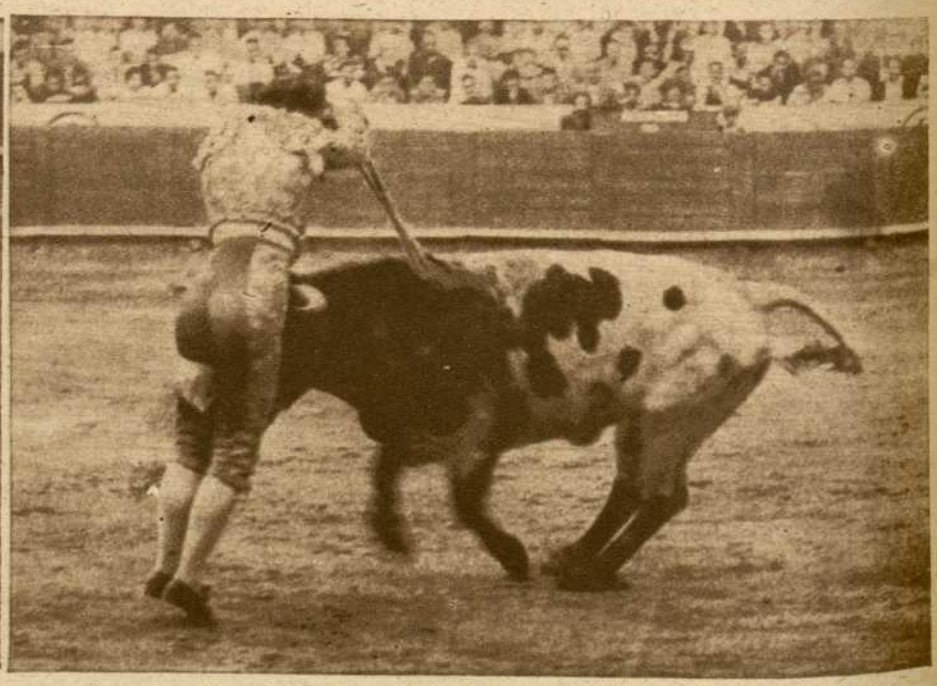


El menor de los Bienvenida en un ceñido muletazo con la mano derecha...



... y quebrando un soberbio par, magnífico de ejecución y y aguante

El gran estilo de Vito se aprecia en este muletazo de pecho...



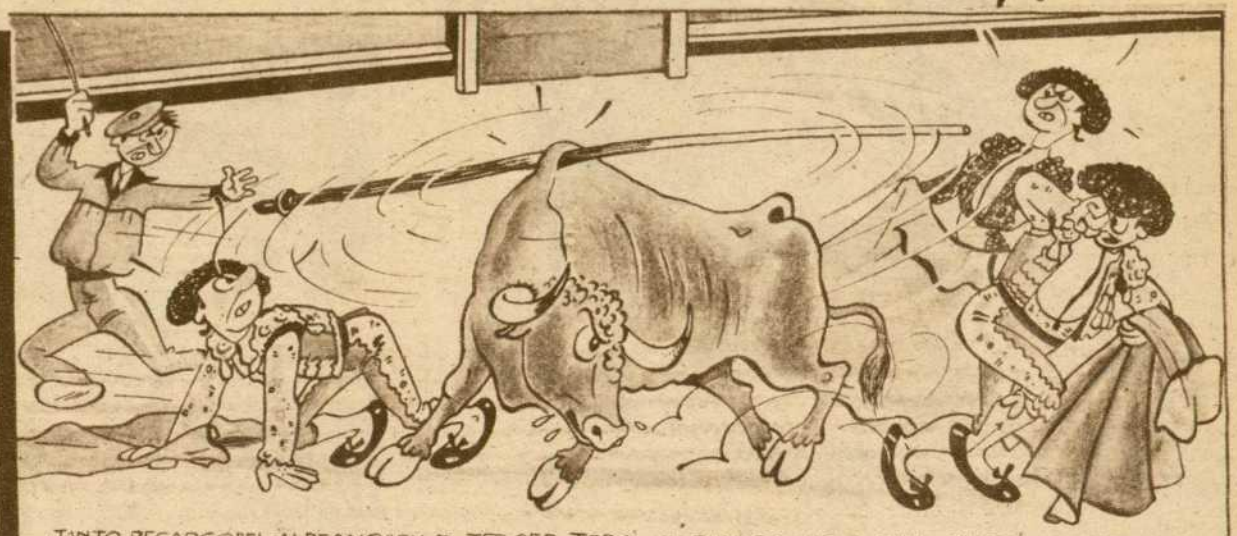
...y en este par de banderillas, en el que Vito ha ganado con arte la cabeza del toro

(Fotos Valls)

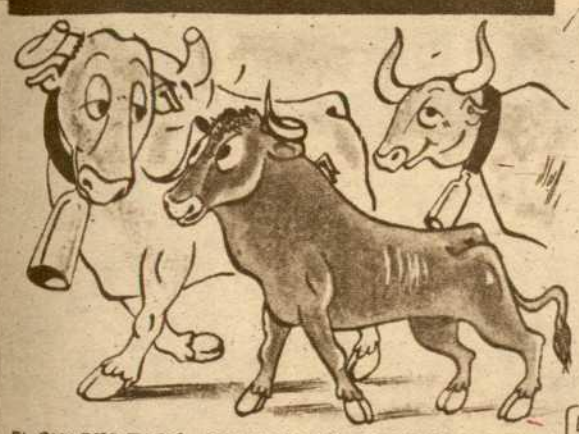
¡UN LLENO Y UNA OREJA EN LAS VENTAS!

RECUERDO ANECDOTICO de la CORRIDA de la PRENSA, por TILU

...Y FUÉ LA FIGURA SIMPÁTICA DE ANTOÑITO LA QUE, FESTONEADA DE SOMBREROS, BOTAS Y FLORES, RECORRIÓ, TRIUNFAL, EL ANILLO, PARA MOSTRARNOS ESA OREJA, PREMIO A SU VALIENTE Y ALEGRE FAENA, "MARCA DE LA CASA".....

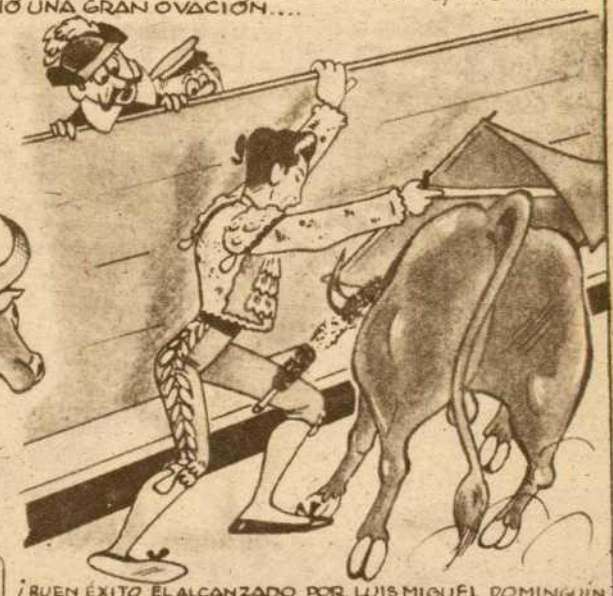


TANTO RECARGO "EL ALDEANO" EN EL TERCER TORO, UN PUYAZO, QUE LA PUYA QUEDÓ ENHEBRADA DE ESTA FORMA ORIGINAL, DANDO LUGAR A PINTORESCAS ESCENAS... ¡CAPOTAZOS, VUELTAS Y REVUELTAS, ETC, TERMINARON POR DESCOMPONER AL DE ATANASIO, QUE LLEGÓ A LA MULETA "ARREMPUJANDO" DE VERAS. FUÉ SU MATADOR - LUIS MIGUEL - QUIEN, JUGÁNDOSE EL FÍSICO, A CUERPO LIMPIO, CONSUIGUIÓ PARTIR LA VARA, LO QUE LE VALIÓ UNA GRAN OVACIÓN....



EL CUARTO TORO - ESCUARIDO DE CARNES, Y UN TANTO "PERRUNO" - FUÉ PROTESTADO, DE SALIDA; DESPUES, EN UN DERROTE, SE PARTIÓ UN CUERNO POR LA CEPA, Y VOLVIÓ A "SUS CORRALES DE SU ALMA", ACOMPAÑADO POR LOS CABESTROS.

DURANTE LA LIDIA DEL TORO CORRIDO EN QUINTO LUGAR, ESTE PIQUERO REALIZÓ UNA NUEVA SUERTE (?): "LA SIESTECINA", QUE CONSISTE EN ECHARSE A DORMIR SOBRE LA RES. ESPERAMOS QUE NO SE PONGA DE MODA DICHA SUERTE.....



¡BUEN ÉXITO EL ALCANZADO POR LUIS MIGUEL DOMINGUÍN EN SUS DOS TOROS! DERROCHÓ VALOR Y DOMINÓ EN TODO MOMENTO A SUS ENEMIGOS. DE HABER TENIDO MAS SUERTE CON EL PINCHO TAMBIEN PARA EL HUBIERA HABIDO CORTE DE APENDICES... EN AQUELLOS CUATRO PASES SENTADO EN EL ESTRIBO CORTÓ LA RESPIRACIÓN A LOS 22.000 PERSONAS QUE LO PRESENCIARON Y CREEMOS QUE HASTA AL TORO.

TODA LA GRACIA TORERA, TODO EL GARBO Y EL CLASICISMO DEL PURO TOREO SEVILLANO, SALE A RELUCIR CUANDO ANTOÑITO BIENVENIDA DESPLIEGA SU MULETA. DESDE QUE EMPEZÓ SU FAENA CON EL PASE CAMBIADO HASTA QUE RODÓ EL ASTADO, TODO, EN SUS PASES, FUÉ ALEGRE, LUMINOSO...; PASES DE ¡OLE..! CON OLOR A MANZANILLA, Y ACOMPANAMIENTO "CALÉ"...; RASGUEAR DE GUITARRAS Y PALMAS GITANAS PARECEN COREARLE CUANDO ANTONIO MUEVE SUS BRAZOS TOREROS

PEPE ANASTASIO ESTUVO BIEN ESPECIALMENTE EN UN PAR SUPERIOR, POR DENTRO. EL ENCARGADO DE DESPACHARLO SE PUSO PESADO DESCABELLANDO, Y NOS HIZO BOSTEZAR INSISTENTEMENTE.....

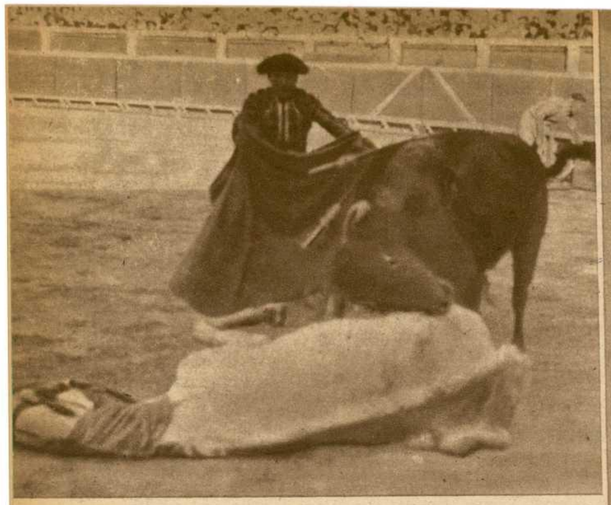
DURANTE LA CORRIDA VIMOS POR EL RUEDO A UN MUCHACHO RUBIO VESTIDO DE AZUL Y ORO...; YA AL FINAL, SE FUÉ AL TORO, E HIZO UN QUITE POR VERÓNICAS SOBERBIO, PORTENTOSO!... Y ENTONCES LE RECONOCIMOS...; ¡ERA PEPE LUIS VAZQUEZ!

....Y COMO RESUMEN: UN ÉXITO LA CORRIDA DE LA PRENSA DE 1946! - ¿SERÁ ESTA COMBINACIÓN LA QUE OBLIGUE A COLOCAR EL CARTELITO DE.....

....."NO HAY BILLETES" Y HAGA FROTARSE LAS MANOS A LA AFICIÓN...? - SUPONEMOS QUE SI Y ESTAMOS SEGUROS DE QUE ESTOS REPRESENTANTES DE AMBAS DINASTIAS TORERAS HACIENDO HONOR A SUS APELLIDOS, NOS DARÍAN UNA GRAN TARDE DE TOROS... ¡ASI LO ESPERAMOS!

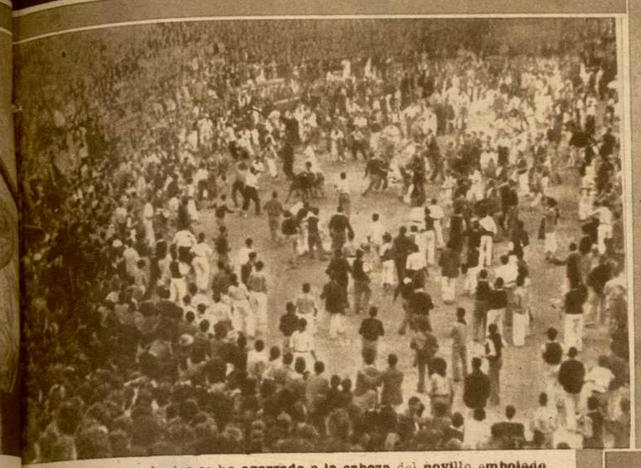
Tilu

LAS CORRIDAS DE SANFERMIN EN PAMPLONA



La corrida de Domecq fué brava y tuvo fuerza

Primera corrida: Cañitas, Andaluz y Julián Marín

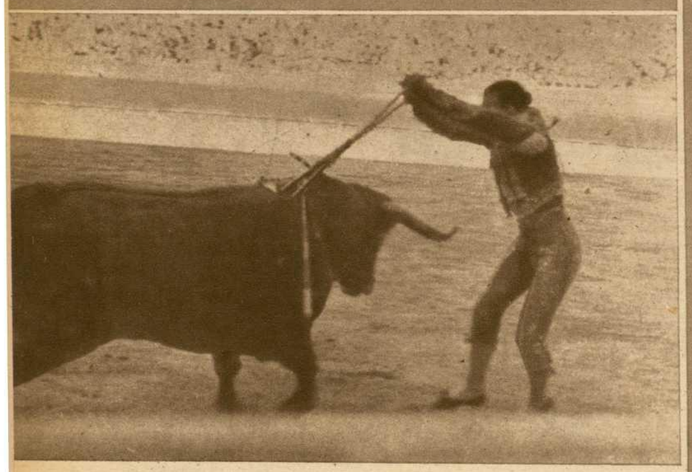


Un pamplonica se ha agarrado a la cabeza del novillo embolado

Un farol, de rodillas, de Fermín Rivera

PRIMERA CORRIDA

Reses de Domecq para CAÑITAS, ANDALUZ y JULIAN MARIN



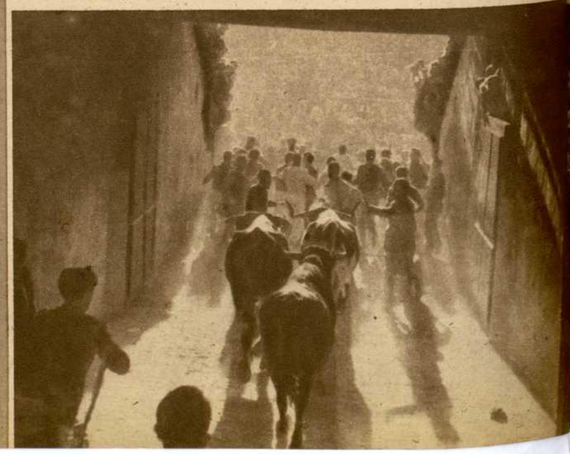
Un gran par de Cañitas de poder a poder

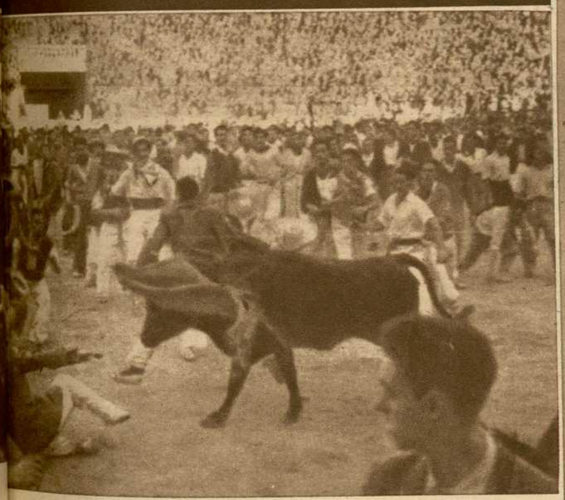
Andaluz torea en redondo a su primer toro

INCIDENCIAS

El encierro de la primera corrida

El tropel de toros entra en el ruedo, lleno de un gentío que espera las emociones del encierro





Luego se lidian (¿...?) las vaquillas por los aficionados

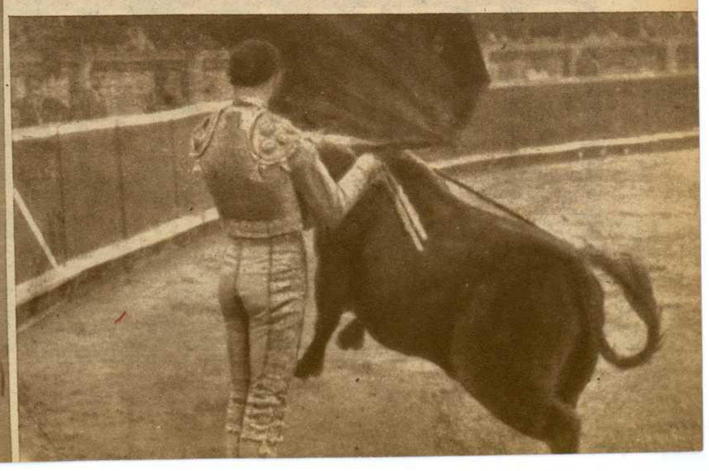
La Plaza registró un lleno absoluto en la primera corrida de la feria

SEGUNDA CORRIDA

Toros de Buendía para RIVERA, PARRITA y ROVIRA

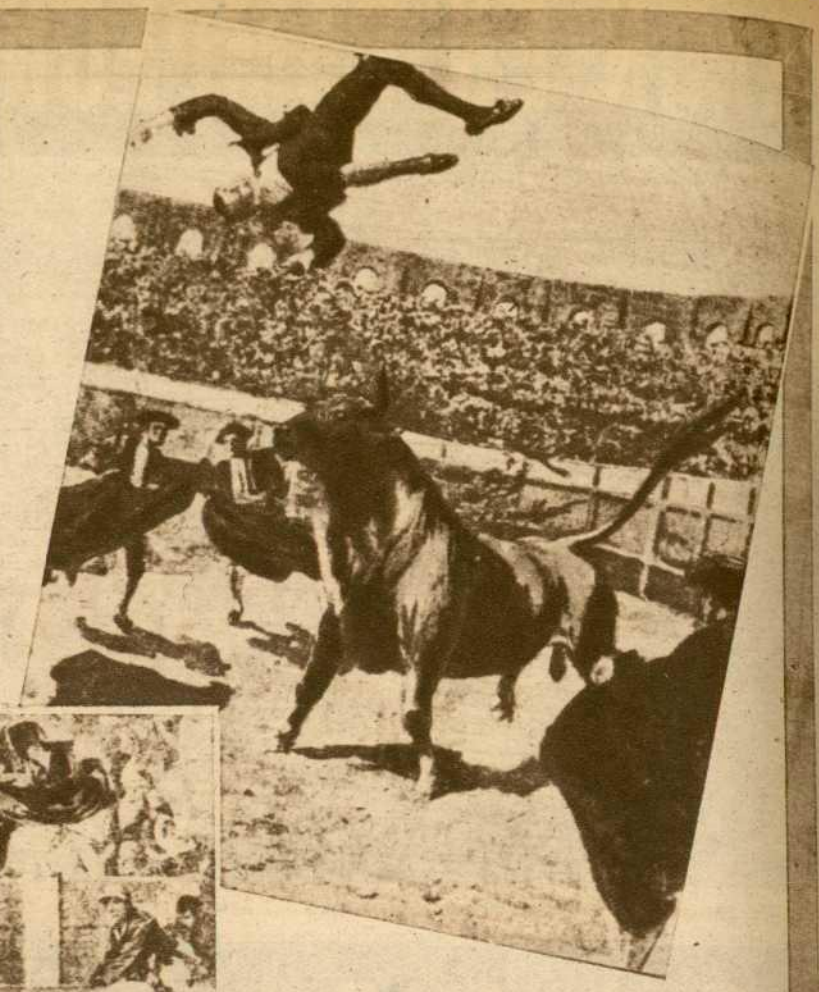
Parrita inicia un natural con la vista puesta en el tendido

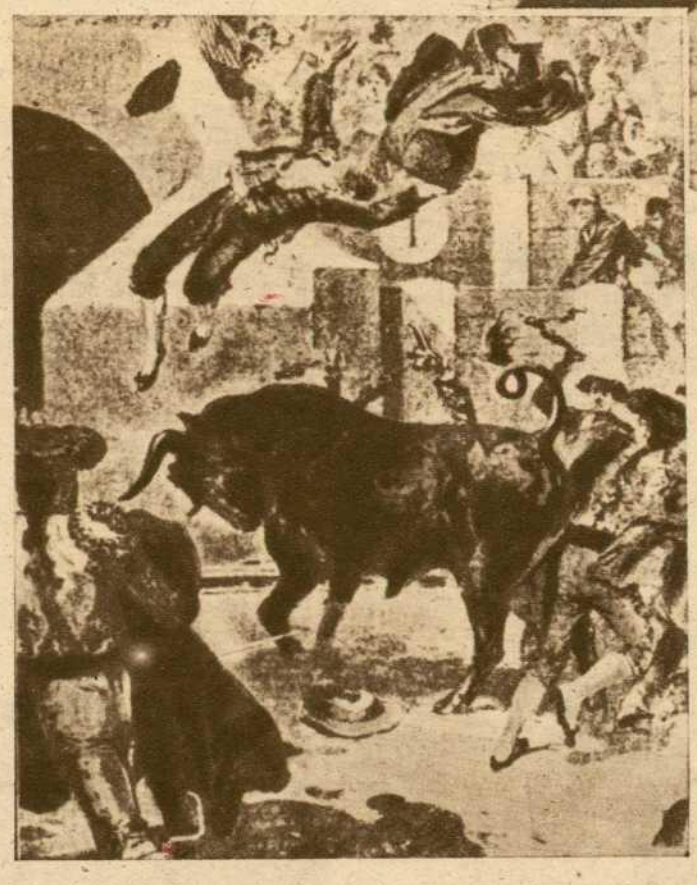
Rovira en un gran muletazo alto a su primer toro



MODOS DE VER LAS COSAS

La muerte de PEPETE III, vista por los dibujantes italianos





He aquí las dos versiones gráficas que de la mortal cogida de Pepete en la Plaza de Murcia dieron las revistas italianas «Domenica del Corriere» y la «Settimana Ilustrata»

El alto grado de perfección que hoy día han alcanzado los servicios de Prensa hace posible que, a las pocas horas de ocurrir un suceso, la noticia sea conocida hasta en sus más pequeños detalles a cientos o miles de kilómetros, y tras ella, en breve plazo también, la información gráfica, que servirá como complemento para ilustrar debidamente al lector.

Esta misión, encomendada en la actualidad casi exclusivamente a los fotógrafos, era hace años compartida a diario con los dibujantes, quienes se encargaban de ilustrar a su manera el texto de numerosas revistas. Sin ser esta labor tarea nada sencilla, dentro de un país cabe aproximarse a la realidad; pero cuando se desconoce totalmente el error, puede ser de los de bulto.

Así, pues, creo que es preferible haber visto esto o lo otro y no saber expresarlo gráficamente, que expresarlo gráficamente sin haberlo visto y erróneamente, y esto último es ni más ni menos lo que les sucedió hace siete lustros a dos dibujantes italianos que firmaban sus trabajos en las revistas *Domenica del Corriere* y la *Settimana Ilustrata*.

Uno y otro hubieron de encargarse de dar a los lectores de sus publicaciones la versión gráfica de la cogida y muerte de José Gallego Mateo, Pepete III, ocurrida en la Plaza de Murcia la tarde del 7 de septiembre de 1910, y ambos, tras de cumplir su cometido, debieron quedarse tan a gusto y hasta es posible que se felicitaran, porque uno y otro llegaron a coincidir en un solo detalle: el de mostrar al torero sevillano lanzado al espacio. Por lo demás, veamos:

En el primero de los dibujos aparece por los aires el malogrado Pepete vistiendo un traje que cualquier aficionado rechazará como impropio de aquella época, tan lejana con la de los Romero, Costillares y Pepe-Hillo, que así vestían.

Bien está que el público pida con insistencia que por los chiqueros salga el toro de respeto, el «barbas»; pero de eso a este animalito va un abismo, y hubiese sido curioso otro apunte ciñéndose el espada en una media verónica o dándole un pase sentado en el estribo.

El fondo es halagador y dan ganas de hacerse empresario en un dos por tres, pero de una Plaza española, aunque sea de esas improvisadas, con su pilón en el centro. Son más bonitas que ésta, que representa un circo romano. Tienen más alegría.

En la segunda estampa vemos tres cosas en el espacio: Pepete, el capote y la montera. En tierra, el toro y tres toreros con coleta como los chinos y un lacito en su mitad, uno de ellos dispuesto a clavarle una banderilla donde no deben clavarse, mientras que otro, manejando sabiamente el estoque, trata de cortar al animal la mano izquierda, al que antes, y sin duda por igual procedimiento, habíale cortado la derecha. Y como complemento de la humorística estampa torera, junto a la res hay un chambergo, posiblemente lanzado con humanitarios fines; pero, ¿por quién?

Ignoramos si los autores de ambos dibujos presenciaron alguna corrida después de hacerlos. Si tal sucedió, reirían a más y mejor, como nos ha sucedido a nosotros y como les sucederá a cuantos los contemplen en todos sus detalles —que son muchos—, hasta en ese de la cogida, que se produjo al salir suelto el toro de la tercera vara y al tropezar con Pepete le infirió la cornada mortal, y en cambio aquí el toro, o los toros, aparecen banderilleados.

Ambas revistas dieron la referencia de la trágica corrida de Murcia, y la correspondiente a la *Settimana Ilustraa* decía así:

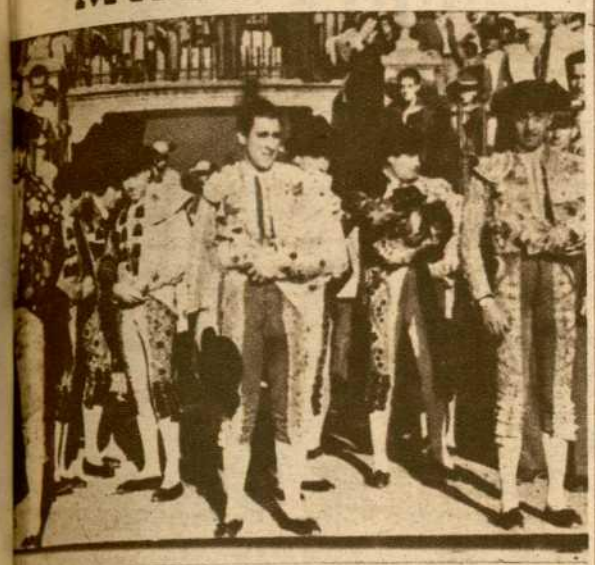
«El popular torero Pepete ha encontrado el 8 de septiembre una trágica muerte en la corrida de Murcia.

Durante la primera corrida, el primer toro, Estudiante, se lanzó sobre el desdichado torero y con una cornada en el bajo vientre lo lanzó a muchos metros por el aire. El desgraciado cae inanimado. Llevado a la enfermería, su estado fué considerado desesperado, y a las ocho expiraba rodeado de sus compañeros. Mientras, la corrida continuaba con el colosal triunfo del torero *Machaquita*, que mató seis toros.

El infeliz torero tenía en Sevilla a su anciana madre, que le amaba mucho, y de la cual era el único sostén. A la pobre no le quedaba más que el consuelo de los centenares de telegramas de condolencia que le están remitiendo después del trágico suceso.»

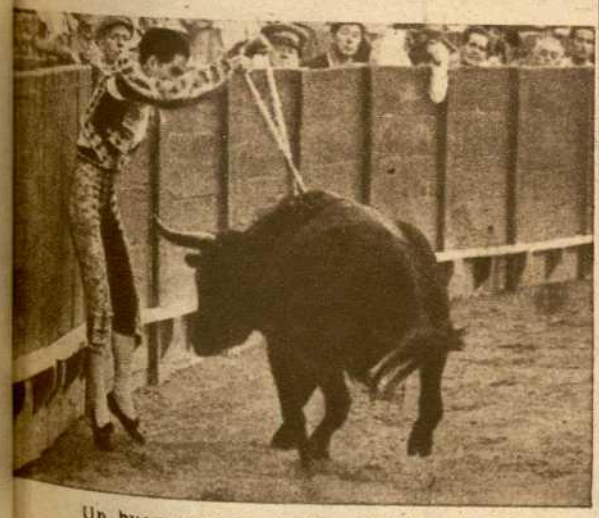
SEVILLA

Novillos de Clairac en la MAESTRANZA



Diamantino Vizeu, Pérez Tabernero y Liceaga, antes del paseillo

Vizeu en la faena de muleta a su segundo novillo



Un buen par, en tablas, de Eduardo Liceaga

Fernando Pérez Tabernero, toreando de capa a su primero (Fots. Arenas)

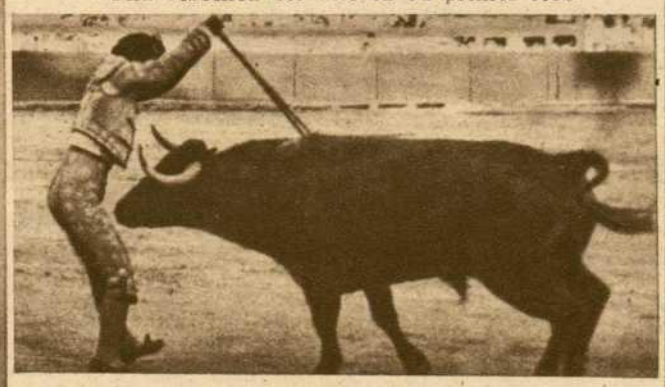
VALENCIA

Novillos de Tassara; uno para la rejoneadora MARIMEN CIAMAR y cuatro para VITO

He aquí, después de su lucida actuación, a la bella rejoneadora lusitana Marimen Ciamar, que posa entre barreras para nuestro redactor gráfico

Marimen clava un rejoncillo en buen terreno y sale limpiamente del encuentro

Una verónica del Vito en su primer toro



Julio Pérez Vito clava un par en lo alto del morrillo y se juega el físico en el embite

La oportuna intervención de un peón libra al Vito de una cornada cuando iba a ser recogido del suelo (Fots. Vidal)

ZARAGOZA

Notas gráficas del festival de los chóferes

Luis Mata, Faraón, Bartolomé Guinda y Melchor Soria en distintos momentos de su actuación

Uno de los que quieren cambiar el volante por la espada

El palco presidencial del festejo aparecía así de deslumbrante. (Fots. Marín Chivite.)

PLAZA DE TOROS DE VALENCIA

EMPRESA ALEGRE Y PUCHADAS, S. L.

7 GRANDIOSAS CORRIDAS DE FERIA, 7

en los días 23, 24, 25, 26, 27, 28 y 29 de julio de 1946

ORTEGA

MARTES, 23

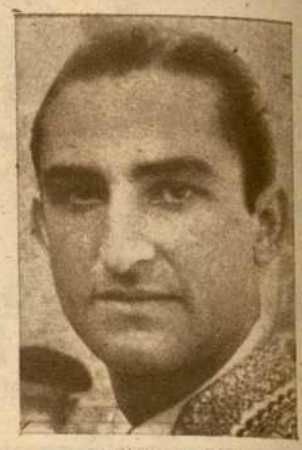
Toros de Galache

JUAN BELMONTE
PARRITA
Y
RAUL OCHOA (ROVIRA)

MIERCOLES 24

Toros de Clairac

DON ALVARO DOMECQ
LUIS BRIONES
CHONI y
RAUL OCHOA (ROVIRA)



BELMONTE

PEPIN

DOMECQ

JUEVES 25

Toros de Alipio Pérez

DOMINGO ORTEGA
PEPIN MARTIN VAZQUEZ
Y
CHONI

C. CINTRON

DOMINGUIN

CHONI

VIERNES 26

Toros de Clemente Tassara

LUIS MIGUEL DOMINGUIN
PARRITA
Y
RAUL OCHOA (ROVIRA)

SABADO 27

Toros de Miura

CONCHITA CINTRON
BELMONTE
LUIS MIGUEL DOMINGUIN
y PEPIN MARTIN VAZQUEZ

PARRITA

BRIONES

DOMINGO 28

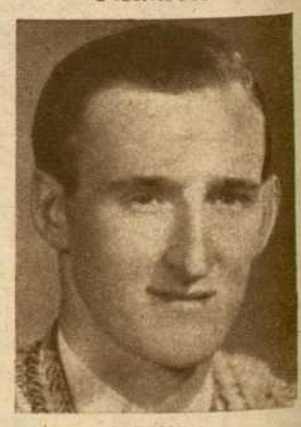
Toros de Cobaleda

CONCHITA CINTRON
BELMONTE
LUIS MIGUEL DOMINGUIN
y CHONI

LUNES 29

Toros de doña Carmen de Federico

DOMINGO ORTEGA
PEPIN MARTIN VAZQUEZ
Y
PARRITA



ROVIRA

Desde el 23 al 31, interesantes espectáculos nocturnos con

GALAS DE ARTE

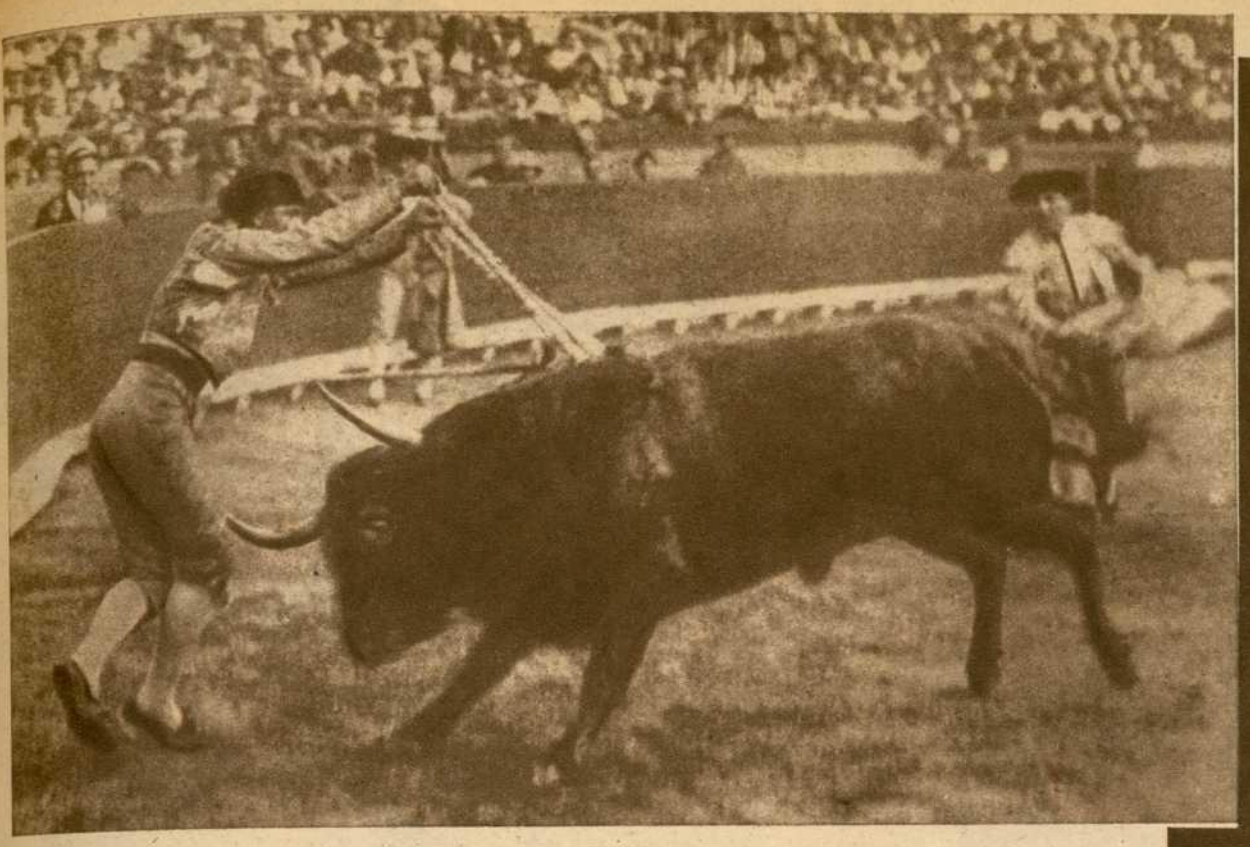
presentado por ISIDRO ORTUÑO (Jumillano)

y CARRUSEL 1946, dirigido por RAFAEL DUTRUS (Llapisera)

El día 21 tendrá lugar el tradicional desencajonamiento de los 48 toros que se lidiarán en estas Ferias

GISBERT.—Arenal, 1

TOREO MODERNO Y FOTOS ANTIGUAS



Ese par en tablas, con la vista del torero puesta en las péndolas del toro, reunido el banderillero con la res...

¿La media verónica?... ¡Den un vistazo a ésta!.. Quieta la planta, toreado el toro, con suavidad, con temple, con mando...

El toreo no se ha inventado hoy. En todas las épocas han existido diestros que han puesto en sus faenas emoción y arte

RECONOCEMOS que hoy se lidia menos que antes, pero el toreo ha ganado en estética lo que haya perdido en rudeza y eficacia.

He qui la frase lanzada con rango aforístico por los aficionados del día.

Y cuando los invitamos a que detallen y concreten su afirmación, sonrien conmiseradoramente y detallan:

—¡Hombre! A la vista está... Esos pases ayudados por alto, estatuarios y maravillosos, que da Fulano... Esa media verónica cenidísima, y de puro sabor clásico, que ejecuta Mengano... Y hasta la emoción crispadora que rezuma hoy el segundo tercio... ¡Eso no se ha hecho nunca!

—Nunca, ¿eh? ¡Pues aquí traigo los papeles!

Tres fotos:

Una, del ayudado por alto, «estatuario y maravilloso», firme la planta, erguida la figura, suave y lento el ademán —los pliegues de la muleta lo hacen patente— y cerquísima del toro, que no es, precisamente, un utrero.

¿La media verónica? Den un vistazo a ésa: Clasicismo, emoción, mando y pureza, en maja y arrogante ensambladura. Y también tiene más de tres hierbas el torito...

En cuanto a la emoción del segundo tercio, supongo que será muestra adecuada y convincente la de ese par en tablas, con la vista del torero fija en las péndolas, donde clava los palos, con desprecio de los pitones —auténticos pitones, vive Taurus!—, que *acarician* los aledaños de la femoral y la safena del emocionante rehiletero... ¿O no?...

Pues ninguna de estas tres fotos tiene menos de veinte años...

Con lo cual queda demostrado que el toreo *bonito*, la estética en el Arte de torear, no son privativos de los modernos lidiadores, con la notable diferencia, a favor de mi alegato, de que aquellos toros no se caían durante *su actuación*, ni se relacionaban previamente con el *tío del saco*, ni sacaban la lengua al cuarto capotazo.

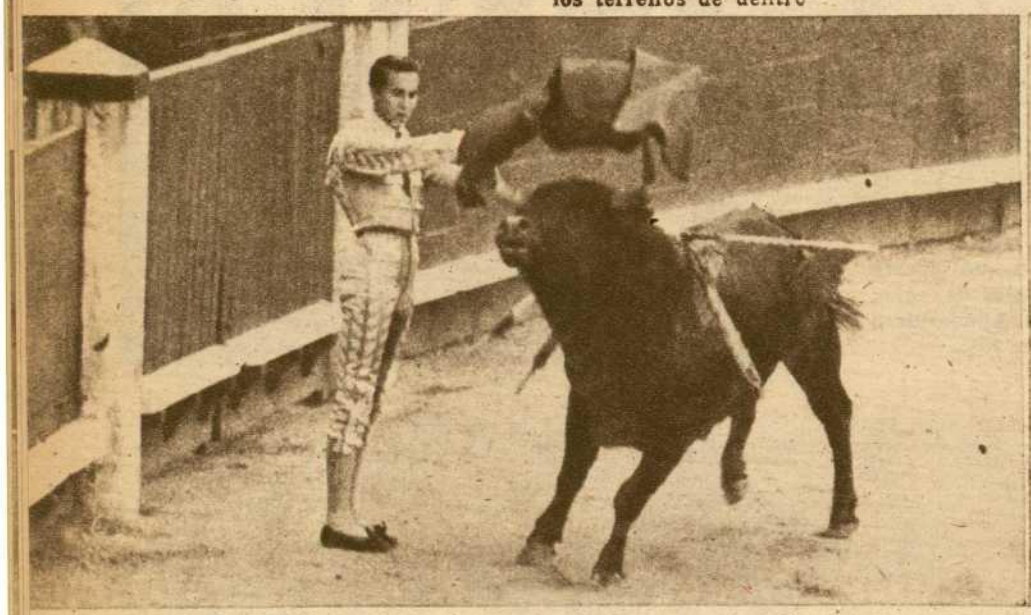
Aunque hoy sería muy posible que la sacasen, en son de burla, cuando oyesen ese tópico falaz de que «hoy se torea como no se ha toreado nunca»... *¡Taday, probeza...!*, que dijo el otro.

RODABALLITO

LA CORRIDA DE LA PRENSA

Un toro de Guardiola y seis de Atanasio Fernández, para PEPE ANASTASIO, PEPE LUIS VAZQUEZ, ANTONIO BIENVENIDA Y LUIS MIGUEL

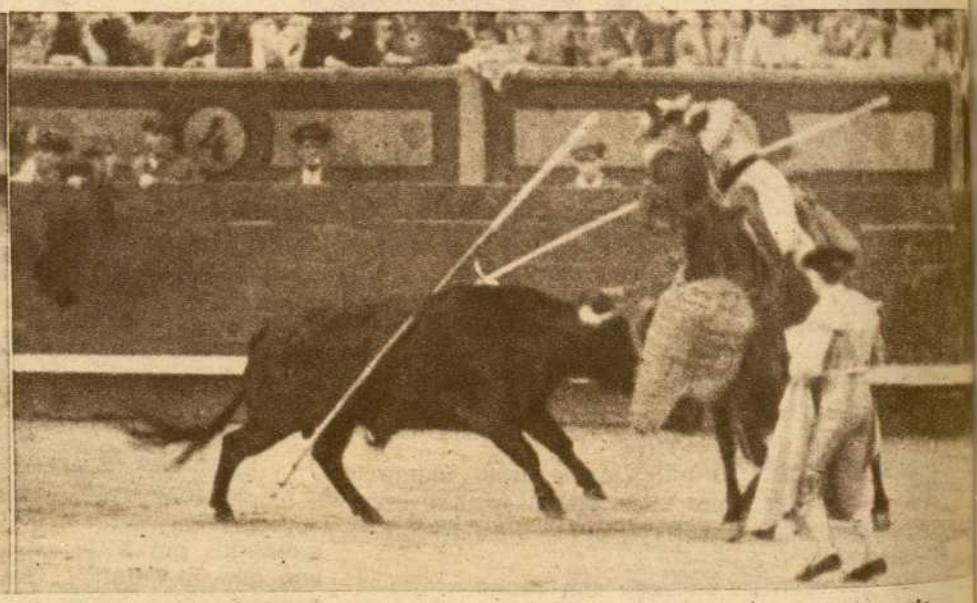
No salió bravo el toro de rejones. Pero Pepe Anastasio logró encelarlo en la cola de la jaca y clavar por los terrenos de dentro



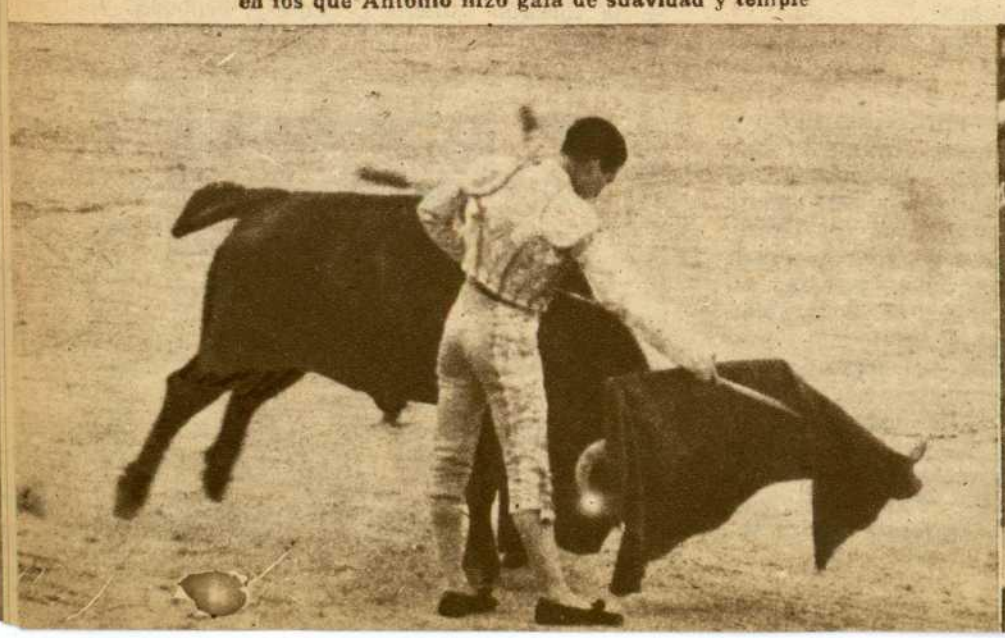
Luis Miguel inició su primera faena con cuatro muletazos altos del mejor estilo, en los que aguantó impávido las arrancadas del de Atanasio Fernández

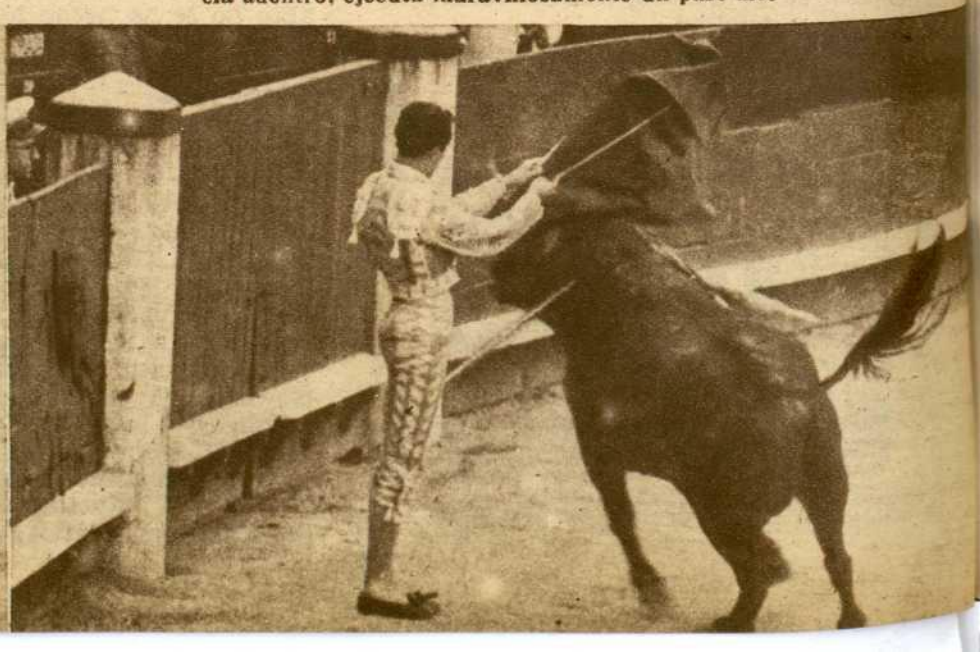
En este quite, Pepe Luis hizo florecer toda la solera alegre del toreo colorista

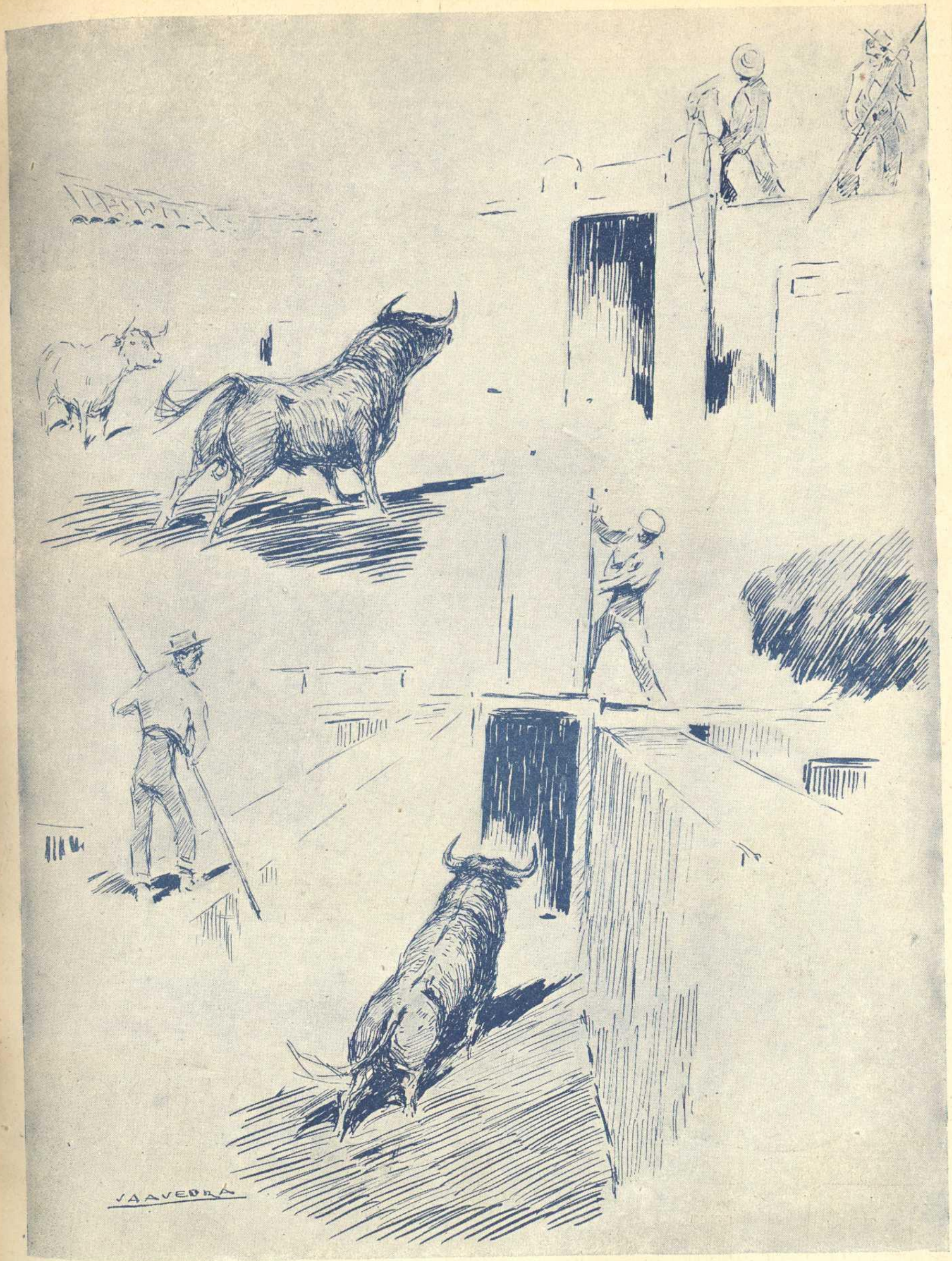
De arriba abajo: Antonio Bienvenida, en una recuperación total de su arte, dió motivo a que Zarco recoja este pase de pecho y este muletazo en redondo, en los que Antonio hizo gala de suavidad y temple



Arriba: La vara que enhebró el Aldeano aparece en la foto, en la que el propio Aldeano acaba de coger los altos.—Abajo: Luis Miguel, con el toro vencido hacia adentro, ejecuta maravillosamente un pase alto







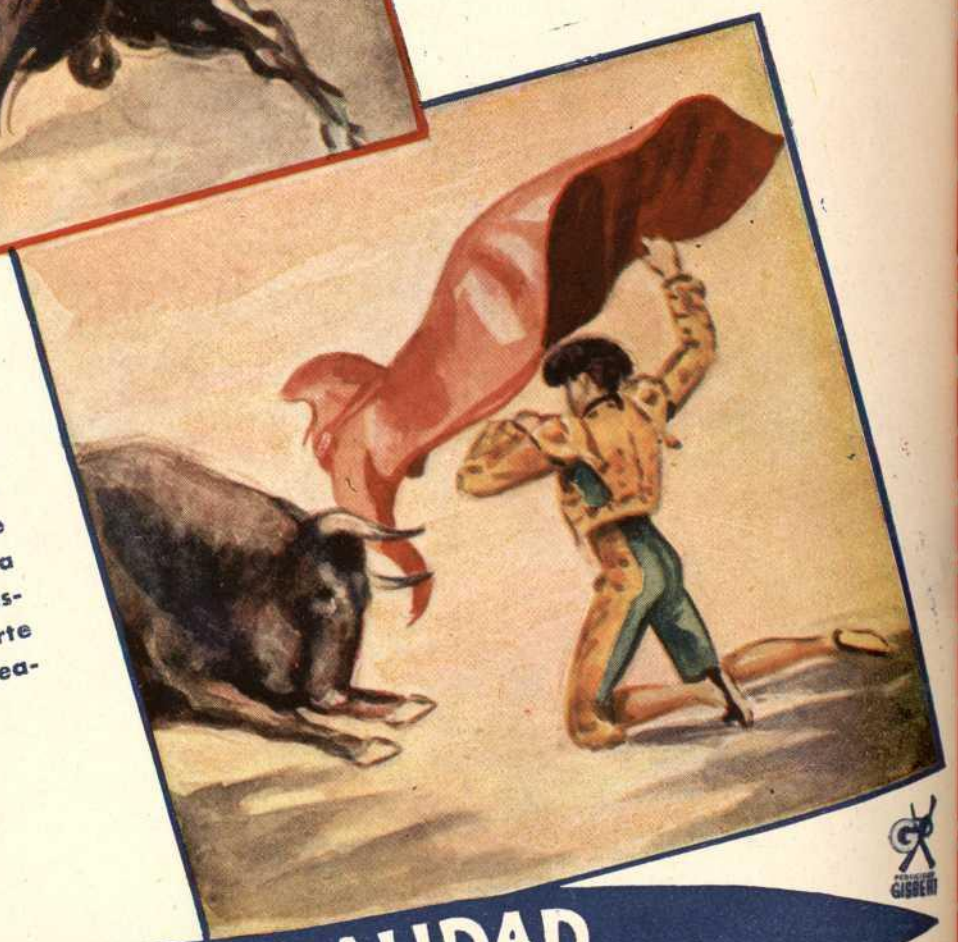
Encajonando una corrida

SUERTES DEL TOREO

LARGA CAMBIADA DE RODILLAS

EL FUNDADOR... Y SUS SEGUIDORES

El creador de esta suerte, conocida antes por el "quiebro a portagayola", que consiste en esperar al toro a la salida de los chiqueros y cambiarle de rodillas en un alarde de valor, fué Fernando Gómez, "el Gallo", padre de Rafael y de Joselito, figura en su época por su maestría y dominio.



Es hoy Luis Miguel, Dominguín, el excepcional matador de toros, quien ejecuta a las mil maravillas esta arriesgada suerte de tan peligrosa realización.

...Y PARA CALIDAD...

COÑAC FUNDADOR

DOMECQ

GISBERT. Arenal, 1.